

En la V edición de Contrapuntos se acentúa la mirada tanto del artista como del lector para la creación y el análisis de los nuevos proyectos del siglo XXI. Se añade una serie de fotografías tomadas por la fotógrafa española Jose Girl, que claramente exhibe el acto de mirar a través del lente fotográfico. Además, se incluyen escritores de España, Jordania, México, Estados Unidos, Nicaragua, Inglaterra y Cuba, los cuales construyen, junto a las imágenes fotográficas, un texto vanguardista del siglo XXI.

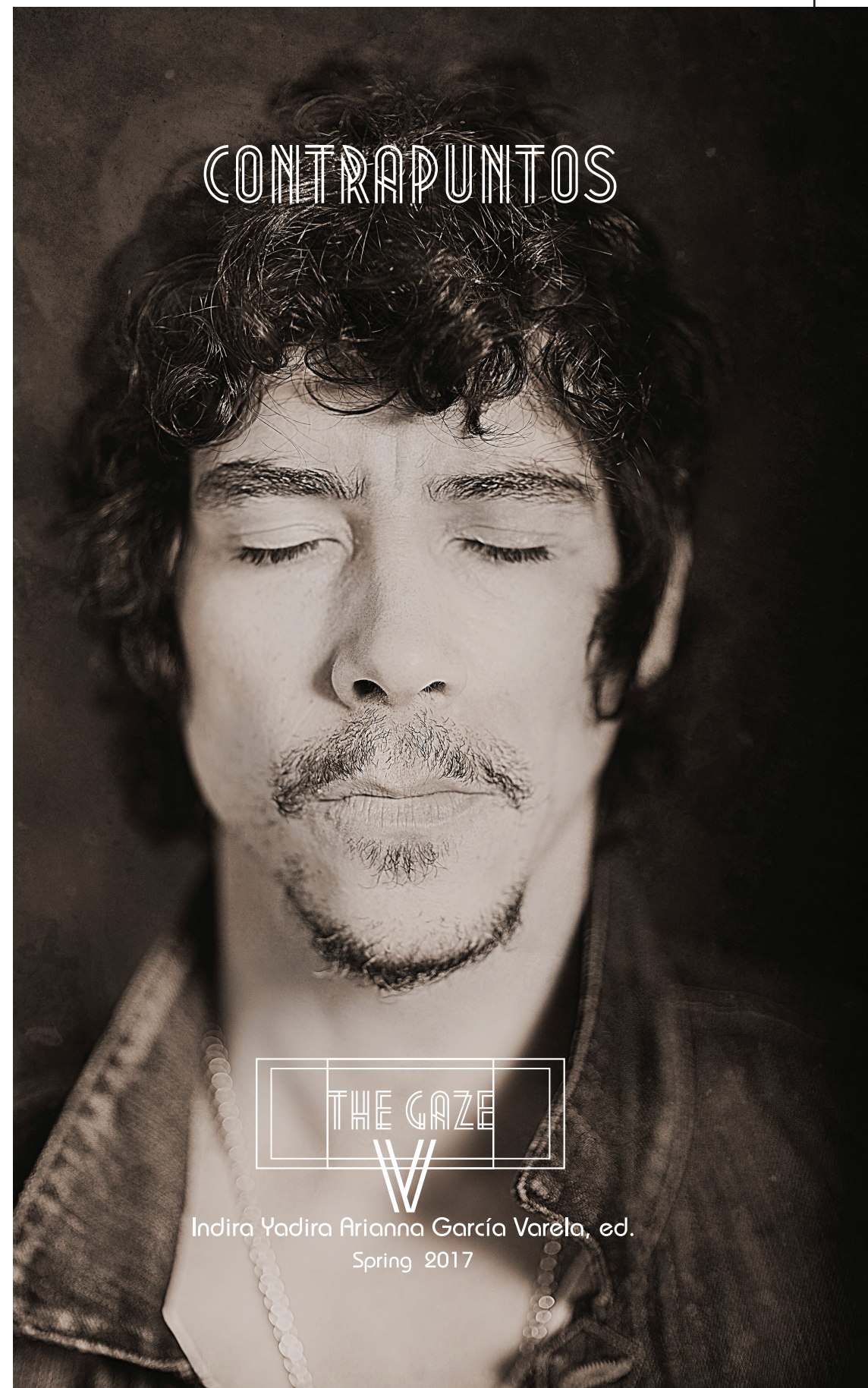
Jose Girl  
Pablo Javier Rañales Pérez  
Judith Castañeda Suarí  
Hisham Bustani  
Andrés Torres Scott  
Mario Martz  
Jacques Carrié  
Paul Benjamin  
José Prats Sariol

US \$9.95    Literary Journal



**dig|tus  
ndie  
publ|shers**

COVER DESIGN : ARTURO TORRES  
[www.a6studio.com](http://www.a6studio.com)  
PHOTOGRAPHY : JOSE GIRL



# Contrapuntos V



The Gaze

Indira Yadira Arianna García Varela, ed.





## EDITORES INDEPENDIENTES

Phoenix, AZ

Fotografía · *Photography*: Jose Girl.

Diseño · *Design*: Arturo Torres.

Traductor(es) · *Translator(s)*: Erika Bondi, Anna Kathryn Donko, Maia Tabet.

Consejo editorial · *Editorial board*: Erika Bondi, Jennifer Byron, José Flores, Erin Gallo, Indira Y. A. García Varela, Daniel Holcombe, Marvin González, Marcos Pico Rentería.

First printed edition: 2017

Copyright © 2017 Digitus Indie Publishers  
Copyright © 2017 individual works remains with the authors  
All rights reserved.

ISBN Digitus Indie Publishers: 978-0-9982539-1-6

Impreso y hecho en EEUU  
*Printed and made in USA*

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publisher.*

ISSN 2 4 7 2 - 2 0 6 5 (print)  
ISSN 2 4 7 2 - 2 0 7 3 (online)  
www.digitusindie.com

## ÍNDICE · CONTENTS

<b>Nota a la edición</b> 2 <i>Indira Yadira Arianna García Varela</i>	<b>Exorcizado</b> 40 <i>Andrés Torres Scott</i>
<b>The Gaze, curaduría fotográfica</b> 4 <i>Indira Yadira Arianna García Varela</i>	<b>Exorcised</b> 42 <i>Andrés Torres Scott</i> <i>Trans. By Anna Kathryn Donko</i>
<b>Curaduría fotográfica</b> 8 <i>Jose Girl</i>	<b>El otro hijo de los Wang</b> 44 <i>Mario Martz</i>
<b>Amor (im)perfecto</b> 17 <i>Pablo Javier Rañales Pérez</i>	<b>Carta Negra</b> 53 <i>Jacques Carrié</i>
<b>(Im)perfect Love</b> 24 <i>Pablo Javier Rañales Pérez</i> <i>Trans. by Erika Bondi</i>	<b>A Stranger Arrives</b> 62 <i>Paul Benjamin</i>
<b>Dosel</b> 31 <i>Judith Castañeda Suari</i>	<b>El negro que no se dio su lugar</b> 65 <i>José Prats Sariol</i>
<b>Canopy</b> 34 <i>Judith Castañeda Suari</i> <i>Trans. by Erika Bondi</i>	<b>Autores · Authors</b> 68
<b>Phallus Envy</b> 37 <i>Hisbam Bustani</i> <i>Trans. by Maia Tabet</i>	

## NOTA A LA EDICIÓN

En la cuarta edición de *Contrapuntos*, Jennifer Byron designa como literatura y narrativa experimental a la escritura que rompe con lo previamente establecido, y llama la atención a la importancia de considerar como experimental a lo escrito bajo la tecnología digital. Dicho de otra manera, observa y menciona como punto importante para la creación experimental el cambio del medio de distribución, de lo impreso a lo digital. Con sutileza, Byron introduce en la cuarta edición de *Contrapuntos* lo experimental y la plataforma de distribución, colocando en la mesa de la crítica dos de las más actuales discusiones: ¿a qué le podemos llamar literatura o narrativa experimental?, y ¿qué importancia tiene el medio en el que estas ficciones, novelas o ensayos son distribuidas? Siendo estas discusiones o cuestionamientos la partida para el segundo volumen de narrativa experimental, como editora y lectora, me propongo ir todavía más lejos y presentar en esta quinta edición una reflexión sobre el qué nos hace llegar a ciertos instantes y querer experimentar. Asimismo, ambiciono explicar mediante este espacio que el acto de mirar supone el intento persistente de romper con lo ya establecido, y con este cumulo de imágenes visuales y textuales propongo pensar que la mirada es también lo que problematiza las categorías literarias designadas por la crítica.

Llegar a esta posible respuesta no ha sido un proceso fácil, pero el mismo reto de encontrar lo experimental en los cuentos escritos en la actualidad me ayudó a entender que la mirada, o *gaze* en inglés, permite encontrar o crear la diferencia con aquello establecido con anterioridad. El siglo XXI, como muchos de los siglos pasados, insiste en ver lo nuevo, lo diferente, todo aquello que rompa con el canon, con lo que ya está visto o usado, lo que ya no vende ni satisface al público. Los cuentos que se publican en esta edición logran transmitir y crear imágenes originales, pero sobre todo tienen en común, y como atributo, la mirada que los hace distinguirse como autores y escritores de una nueva generación.

La distribución del contenido de la presente edición se lleva a cabo con la intención de construir un texto semántico y totalizador, introduciendo diez fotografías de Jose Girl, cuya cámara y su acto de mirar confrontan al sujeto fotografiado, quien a su vez, ofrece al

espectador otra mirada. Piénsese que la cámara es el objeto que de manera implícita abarca el concepto que aquí se intenta emitir, la mirada como razón del experimento. El lente de la cámara es el segundo ojo del fotógrafo, ente vivo que usa la sensibilidad y la inteligencia para la creación de las imágenes. Las once imágenes fotográficas introductorias al texto total de la edición se entretajan con las imágenes textuales, no en tanto a un contenido delimitado sino en tanto al carácter de mirar para construir. Con ello, y en su totalidad, esta quinta edición de *Contrapuntos* se convierte en un texto que ejemplifica lo experimental, siendo también parte del observar, de meditar y de entender al objeto analizado.

Indira Yadira Arianna García Varela  
Kansas City, 2017

## THE GAZE, CURADURÍA FOTOGRÁFICA

*Indira Yadira Arianna García Varela*

*Millares de ojos ávidos se inclinaban sobre los agujeros  
del estereoscopio como sobre los tragaluces del infinito.  
El amor a la obscenidad, que es tan vivaz en el corazón  
natural del hombre como el amor a sí mismo,  
no dejó escapar tan buena ocasión de satisfacerse.*

*Charles Baudelaire. Salón 1859, El público moderno y la fotografía*

UN GOLPE DE DADOS nunca aun lanzado en circunstancias eternas suprimirá el azar que nada exceptúa, cuenta Stéphane Mallarmé anticipando la vanguardia del siglo XX en su poema *Un golpe de dados jamás abolirá al azar*. ¿Qué es lo que el siglo XIX tuvo para abrir paso a las primeras vanguardias? ¿Qué es lo que el Siglo de Oro tuvo para romper con el medievo? ¿Qué es lo que llevó a la filosofía clásica a una filosofía moderna? ¿Qué es lo que incita al arte a buscar nuevos medios para expresar sus perspectivas e ideologías? La fotografía, como medio de expresión artística apunta no solo a una evolución dentro de las artes visuales sino que puntualiza, en todo momento, la mirada como puerta al experimento que el artista concibe con el lenguaje. Esto es lo que el trabajo de la fotógrafa española, Jose Girl, conceptualiza al disparar sus imágenes. Con ellas construye un texto fotográfico que representa y reconoce a los integrantes principales —el fotógrafo, el sujeto fotografiado y el espectador o lector de las imágenes— los cuales atraviesan la puerta que el lente fotográfico abre.

La fotografía nace a principios del siglo XIX y no deviene únicamente de una intención industrial, como lo señala Charles Baudelaire en *El público moderno y la fotografía*. La reacción de desconfianza que tuvo, el primero de los críticos del arte y el primero en cuestionar la fotografía como vía de expresión artística en la primera exposición fotográfica en los salones de Francia en 1859, se debía al cambio que el impresionista requería para la expresión de su mirada. Baudelaire, como muchos estudiosos del

medio fotográfico, Walter Benjamin entre otros, temían de un medio que posibilitaba la producción masiva. La fotografía, era un arma de doble filo, que si no se utilizaba de manera adecuada irrumpiría en el arte con consecuencias negativas:

Si se permite que la fotografía supla al arte en alguna de sus funciones pronto, gracias a la alianza natural que encontrara en la necedad de la multitud, lo habrá suplementado o totalmente corrompido. Es necesario, por tanto, que cumpla con su verdadero deber, que es el de ser la sirvienta de las ciencias y de las artes, pero la muy humilde sirvienta, lo mismo que la imprenta y la estenografía, que ni han creado ni suplido a la literatura. (Baudelaire 233)

La cámara era considerada un instrumento, una herramienta a la que no se le debía de dar un lugar dentro de una exposición de arte. Recuérdese que este ensayo fue publicado como una carta escrita para el director de la *Revue Française*, por lo tanto, Baudelaire reacciona a la presencia de un estereoscopio como parte de una exposición en el Salón de 1859:

Que enriquezca rápidamente el álbum del viajero y devuelva a sus ojos la precisión que falte a su memoria, que orne la biblioteca del naturalista, exagere los animales microscópicos, consolide incluso con algunas informaciones las hipótesis del astrónomo; que sea, por último, la secretaria y la libreta de cualquiera que necesite en su profesión de una absoluta exactitud material, hasta ahí tanto mejor. (Baudelaire 233)

Lo que aquí, por el momento pasa por alto Baudelaire, es la complejidad de la imagen como memoria, como prueba para las ciencias y como secretaria y libreta de quien necesite una exactitud materializada. Fue el artista del siglo XIX quien precisaba de la fotografía para poder familiarizarse con el objeto que representaría, por lo que la fotografía como medio artístico surge de esta urgencia del artista para la exactitud, para la observación precisa y para la representación de una realidad. De cierta manera, las palabras de Baudelaire implícitamente señalan lo que siglos después se darían cuenta los estudiosos de la fotografía, de la complejidad de este aparato como instrumento y como productor de un lenguaje. La fotografía no es un simple lenguaje que únicamente intenta representar una realidad; es un lenguaje complejo que comienza

con la mirada del hombre.

Tal como el impresionista, Jose Girl, desde sus inicios le ha otorgado a la mirada un valor vital para el lenguaje fotográfico. Al seguir su trayectoria se puede afirmar la complejidad del proceso para identificar al sujeto frente a la cámara. Jose Girl analiza y estudia a quien se enfrenta a su lente y para reconocerlo le es necesario, antes de disparar, observar y aprender del objetivo. En la mayoría de sus trabajos, posiblemente en todos, es incuestionable la cercanía que existe entre ella y el sujeto fotografiado. En *La vida en disparos*, serie fotográfica de la cual provienen la mayoría de las imágenes presentes en esta edición, se exhibe una anticipación al movimiento o a la actitud que tomará el sujeto al momento de dispararse la cámara, tal actitud es posible por el contacto que se tiene con cada una de sus miradas. El sujeto le ofrece a la cámara lo que la fotógrafa busca, convirtiéndose así en personajes activos que responden a la mirada de Jose Girl. El acto de comunicación y de *performance* del sujeto en cuestión atrae como resultado la impresión de un conocimiento mutuo. El espectador de la imagen, o lector de la misma, distingue una complicidad entre la cámara, la fotógrafa y el sujeto presente en la imagen. Como consecuencia, los tres se convierten en espectadores que entran en un juego de miradas, el *otro* mira siempre al *otro*, y existe entre ellos una continua comunicación epistemológica.

Al hablar de la fotografía, sobre todo en la del retrato, es necesario tomar en cuenta el acto performativo del sujeto fotografiado. En las diez imágenes que componen este texto, incluyendo la fotografía que aparece en la portada de esta edición, el sujeto posicionado frente al lente le ofrece a la cámara lo que el sujeto detrás de la cámara desea encontrar, por lo que se dice que en este instante se proporciona la actuación esencial para la creación de la imagen. Cada personaje aquí presente articula una individualidad que la fotógrafa recibe, la cual invita al espectador a interpretar. El elemento de *performance* que ocurre en este tipo de fotografía produce un juego en el que los tres personajes son activos; mientras el fotógrafo busca con su mirada la expresión más profunda del que se convertirá en su personaje, el individuo busca la mirada del fotógrafo y el espectador intenta descifrar, con curiosidad, la expresión de cada uno de ellos.

Jose Girl es una fotógrafa constante en cuanto al acto de mirar y a pesar de la ausencia material, de un posible autorretrato, el

individuo que elige colocar frente a la cámara manifiesta una comunicación cognoscitiva. Las imágenes le ofrecen al espectador una oportunidad de descubrir tanto su mirada como la del otro, atravesando una puerta en la que se comienza el proceso de análisis que lo transporta a nuevas perspectivas. Era muy pronto para que Baudelaire juzgara el lenguaje fotográfico, para él la cámara fotográfica irrumpía en el arte gracias a la industria, y no era lo que hoy se puede ver como representación de la mirada. Pero es posible que Baudelaire, sin darse cuenta o sin tener una intención de hacerlo, anuncia que el arte no se puede escapar de la mirada, que el medio pérfido y estéril, de asombro que podía ser también un enemigo del arte, es la representación del ojo del artista y de su mirada; al fin y al cabo, el ojo mecánico no puede producir por sí solo.

La mirada, en este caso la de Jose Girl y sus participantes, descubre la complejidad del lenguaje, la trabazón de sus elementos, el lenguaje dentro del lenguaje. El conjunto de fotografías, que en este espacio han sido editadas con el propósito de construir un texto añadido al texto total de *Contrapuntos*, ofrece al lector la posibilidad de descubrir el lenguaje y que obtenga, por medio de estas imágenes, su experiencia como lector activo.

#### Bibliografía

- Baudelaire, Charles. "El público moderno y la fotografía". *Salones y otros escritos sobre arte*. Traducción Carmen Santos. La balsa de la Medusa, 2005. Pág. 229-33.
- Mallarmé Sthéphane. *Un golpe de dados jamás abolirá al azar*. Traducción Enan Burgos. Pleamar, 2010.

CURADURÍA FOTOGRÁFICA

*Jose Girl*



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2012



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2006



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2009



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2009





Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2005



Jose Girl, 2014



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2009



Jose Girl, de la serie *La vida en disparos*, 2008



Jose Girl, 2009

## AMOR (IM)PERFECTO

*Pablo Javier Rañales Pérez*

HABLAR DEL AMOR sería algo sumamente tópico. Sin embargo, creo que recordar los tópicos está bien. Quien piense que este sentimiento es cuanto menos banal espero que sea condenado a una larga e insoportable cadena de infortunios. ¿Qué haríamos sin el amor? Ese amor tan precioso, bonito, que desgarrar nuestras entrañas con toda su fuerza y nos impide continuar con nuestra mísera existencia. Ese sentimiento que puede llegar a rozar lo obsesivo y es capaz de trastornar a la persona más cuerda y estrangular al mayor de los inocentes. Todos somos víctimas del amor; es un asesino implacable. Se ha llevado lo que más he querido en este mundo y no ha dejado ni un solo vestigio de ello.

Siempre había tenido miedo. ¿Quería a mi mujer? Sí, claro. ¿Estaba enamorado de ella? No lo sabía. ¿Cómo te sientes al estar enamorado? ¿Cómo sabes que lo estás? Esas dudas me carcomían cada día como si yo fuera un trozo gigante de queso y ellas, ratoncitos que me devoraban poco a poco. Las únicas referencias que había tenido hasta ese momento eran las otorgadas por los libros.

Tenía un ritual vespertino. Todos los días, cuando los rayos del sol se volvían tímidos y sonrojados, iba a la biblioteca. Me reencontraba con los tomos que olían a recuerdos, a sueños y a historias. Era un lugar mágico, un mundo oscuro donde la luz apenas entraba para ser un rincón de lecturas diarias. Un páramo lleno de estanterías excesivamente cerca y que dejaban un minúsculo espacio ejerciendo de pasillos. En las paredes se podía contemplar un color rojo intenso de tal vivacidad que parecía lava a punto de caerse encima de las personas. Y libros y libros y más libros, aquí y allá, en vertical y en horizontal, creando una sensación completamente caótica. Además, había un constante ruido de máquinas de coser, digno martirio del infierno de Dante. De hecho, no sé por qué ese sitio recibía el honorable título de biblioteca.

Pero allí estaba, con su arcaica vida sedentaria.

No todo el mundo soportaba la sensación de agobio que causaba la biblioteca. Realmente, solo dos personas acudíamos allí con total fidelidad. Nos encontrábamos siempre a la misma hora. Ella era una muchacha joven, de piel nívea y con un mar de trigo en cada uno de sus cabellos. Pasaba las hojas delicadamente, acariciándolas con las yemas de los dedos. No podríais imaginaros la ternura con la que trataba aquellos libros. No era para nada lo que se dice una virago. ¡Qué gracilidad digna de la reina de los cisnes!

Muchísimas veces la contemplaba embobado. Mi lectura pasaba a un segundo plano y ella se hacía dueña de toda mi atención. No fue hasta pasados varios meses cuando me atreví a hablarle. Una parte de mí era consciente de que me estaba dejando llevar por un impulso nuevo, que me abrumaba y que parecía llenar todo mi ser. Durante un breve lapso de tiempo (el que me llevaba llegar hasta ella) pensé en Dalia, mi esposa. No sabía por qué, pero su dulce imagen surgió de golpe en mi cabeza, impactando contra ella. Bum. Seguí adelante.

—Buenas tardes, señorita.

Ella giró la cabeza de una manera... extraña, casi mecánica. Esbozó una sonrisa y me saludó con su delicada mano.

—No he podido evitar fijarme en el libro que está leyendo. — continué—. Es una excelente obra, sin duda. Tiene un trasfondo interesante, con profundos toques de denuncia social. Yo se la recomiendo, cien por cien.

La mujer de belleza inmarcesible se encogió de hombros y desvió sus orbes verdes hacia el libro que sostenía entre sus manos.

Temí que el más abominable silencio se adueñara de la conversación. No podía permitírmelo. Cada gesto que veía de su juvenil cuerpo me llenaba de gozo y hacía que un aluvión de vitalidad se gestase en mi vientre y ascendiera por mi cuerpo hasta salir por mis finos y tentadores labios.

—¡Qué descortés por mi parte! Puede llamarme Carlo. ¿Complacería usted mis ansias de saber su nombre?

Ella me penetró con la mirada durante un tiempo considerable. Después, empezó a boquear como un pececillo, sin emitir sonido alguno. Se llevó las manos a la garganta y su rostro se congestionó en una falsa mueca de terror al no poder hablar. Sin embargo, acabó sonriendo.

Entonces comprendí que el ángel de nieve que tenía delante era mudo.

\*\*\*

Mis visitas a la biblioteca se fueron haciendo más frecuentes, al igual que mis insaciables ganas de sacar cualquier mínimo gesto a la muchacha del silencio. En una de las conversaciones que mantuvimos, decidí ponerle un nombre por mi propia cuenta, vista su reticencia a mostrarme el suyo: Amira.

El tiempo que le dedicaba a Amira trajo consecuencias. En mi casa, Dalia empezaba a sospechar cosas. Sus preguntas se lanzaban a mi yugular con fiereza, molestándome y haciéndome un daño insoportable. *¿Dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto? ¿Cuándo te vas a acostumar a avisarme de que vas a pasar tanto tiempo fuera de casa? Estaba preocupada, Carlo...* Al principio, no tenían importancia. Después... después ya sí.

Pasaron los días y me percaté de que, durante el tiempo que estaba en mi propio hogar, Dalia no quitaba su angustiada mirada de mis espaldas. Cuando leía tranquilamente, ella fingía limpiar el polvo. Realmente, me estaba vigilando. Me colocaba la gabardina y en seguida bajaba las escaleras y me preguntaba a dónde iba, si saldría durante mucho tiempo otra vez. Era ese *otra vez* lo que me martilleaba en la cabeza. Su voz empezó a resultarme hasta chillona. Mi relación con Amira iba viento en popa y con Dalia caía estrechamente a un abismo de silencio y oscuridad, de odio y división.

Unos meses más tarde de mi primer contacto con Amira, se me presentó la ocasión de enseñarle mi casa. Así lo hice. No dudé en invitarla a pasar una agradable y tranquila tarde en ella, aprovechando que mi mujer estaría todo el día fuera. Supongo que en mis pensamientos superficiales no había ninguna palabra relacionada con infidelidad. Pero en mi inconsciente... Ahí creo que lo que más deseaba era acabar con los impedimentos que ponía Dalia a mi extraña y rocambolesca relación con Amira.

—Aquí está el excusado y al lado, la habitación de invitados. —Abrí la puerta de la alcoba, mostrándosela a la grácil mujer que posaba, en ese instante, su delicada mano en mi hombro.

El amor salió de mi corazón y se extendió rápidamente por mi cuerpo. Siempre había deseado ser amado y amar, sentir algo tan

fuerte como eso. Había llegado a estar obsesionado con lograrlo. Y por fin lo tenía.

La acompañé dentro de la lujosa estancia, decorada con suaves alfombras y elegantes cuadros, aterciopelados sillones y la sensación de encontrarse en algo cercano al Edén. Ambos nos sentamos en la cama, mirando a través de la ventana al inmenso jardín. Las hojas de los árboles caían avergonzadas y bailaban con el viento en el breve viaje que hacían antes de llegar hasta el suelo y quedarse allí, cual cadáver esperando descomponerse. Los rayos atravesaban la ventana y hacían un cuadrado en el suelo. Mi mano se deslizó hasta la de Amira, agarrándola con cuidado. Ella me miró a los ojos. Mi boca se aproximó a la suya, primero acariciando sus labios con los míos y después juntando ambas en un dulce beso. Quizá fue ese gesto el que hizo que no me percatara del ruido de la puerta al cerrarse. Quizá fueron los incesantes ladridos de nuestro perro, acompañados de la repentina y potente ráfaga de aire que atacaba los árboles. Ni Amira ni yo escuchamos los crujidos de la escalera al ser pisada por unos tacones; los dos seguimos deleitándonos en el olor y sabor del ajeno hasta que Dalia gritó, asustada y confundida.

—¡Carlo! ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿Este era tu secreto, maldito depravado!? —Las palabras salían de su repugnante boca como si fueran cucarachas. Correteaban por el suelo y ascendían por mis piernas hasta colarse en mis oídos.

Me erguí. Amira no se inmutó. Simplemente, observó a Dalia con interés y curiosidad.

—Tranquila, Dalia. No es nada. Ella quería ver nuestra casa, y, en fin, la habitación de invitados le ha parecido preciosa. —Poco a poco me iba aproximando a ella. Mis manos temblaban.

—Estás loco, Carlo. Estás completamente ido. ¿Cómo se te ocurre...? —Su rostro se deformaba en profundas muecas de disgusto y desaprobación. Incluso en ese momento, si os dáis cuenta, no dejaba de hacer preguntas.

Preguntas, preguntas y más preguntas. Unas que no venían a cuento, otras estúpidas, algunas con intención de hacer daño. Qué angustia, qué suplicio eterno. Los huesos de mis manos se marcaron al hacer fuerza. Me abalancé sobre ella. Dalia, mi querida y asquerosa Dalia, había tenido una conducta execrable. Ahí iba su condena y su castigo. La que fue una dulce y tierna mujer pataleó y me arañó, enzarzándonos en una patética lucha dentro de la

habitación. Ella se resistía y gritaba como un cerdo. Sus afiladas uñas pasaron por mi piel y por mis mejillas, haciéndome daño. La empujé con todas mis fuerzas. Su cuerpo atravesó la enorme vidriera de la alcoba, cayendo entre chillidos al suelo e impactando con un sonido seco y duro. Se había convertido en un amasijo de carne.

Me asomé desde la ventana rota. El perro olisqueaba el cuerpo sin vida de Dalia. Meneaba el rabo, contento de volver a verla. Solté un suspiro. Por lo menos sus preguntas no volverían a incordiar. En silencio, descendí al patio. Aparté al animal y agarré a Dalia, cargándomela al hombro y llenándome de sangre. Amira había contemplado la escena con una frialdad inhumana, rozando lo malévol. Eso hizo mordirme el labio inferior con fuerza. El reloj de la cordura en mi mente se había parado hacía tiempo. Tic, tac, tic, tac, y ya no más. Tomé una pala cerca del cobertizo de madera que había al lado de la casa y, con una profesionalidad inusitada y sorprendente, me acerqué al enorme roble que había en el jardín. Allí, a sus pies, empecé a cavar. Desde el segundo piso, la nueva dueña de mi corazón contemplaba la escena, impertérrita. No estaba haciendo la tumba únicamente para Dalia, también para el agobio y la tristeza. Ahí empezaba una nueva vida para mí, al lado de ella. Los vecinos pensarían que se habría ido con otro o algo así. Qué rápido podría rehacer mi vida con Amira.

No me di cuenta, hasta mucho más tarde, de que me había convertido en un verdadero monstruo.

\*\*\*

Era Nochebuena, ya habían pasado meses del incidente. No había flechas señalando hacia mí y a nadie le extrañó que Dalia me abandonase. Me tomaban por un loco que se pasaba el día entero leyendo, sin asomarse a la realidad. Pero sí que estaba al corriente de todo lo que sucedía a mi alrededor. Nada se escapaba de mi aguda vista. Amira se trasladó a vivir conmigo. Pasaba las horas sentada en el mismo lugar, a menos de que yo la condujera a hacer algo. Trabajábamos en el jardín, disfrutábamos del silencio del hogar, le leía las apasionantes historias de amor que me habían llenado la cabeza de serrín y mariposas.

En tan bonita fecha, mi familia tenía la tradición de celebrar una enorme fiesta en el barrio. Las habitaciones de mi fortaleza se

llenaban de elegantes caballeros y atractivas damas y la música del piano no dejaba de sonar hasta el amanecer. Todo el mundo bailaba y reía, se divertía, se conocía y, por una vez, dejaban de criticarse los unos a los otros para sonreír falsamente. A tempranas horas de la larga noche, acudían las grandes familias con la prole entera de niños. En ese justo instante me encontraba; atendía y saludaba cordialmente a cada uno de los padres y madres que se habían dignado a acudir a la cita. Ahí estaba el flamante Darío, con su insípida mujer, o el general Ewan, siempre con las chapitas pegadas al uniforme militar. Se dejaban llevar por el festivo ambiente, con las copas de champán en la mano y las onzas de chocolate deambulando de un lado a otro.

Fui a la cocina. Quizá por casualidad, quizá no, Amira había insistido en pasar aquella noche sentada en el jardín, contemplando los lejanos luceros. Empecé a preparar los tentempiés. Sin embargo, algo hizo que me detuviese. A través del cristal pude ver cómo tres niños, los hijos del estirado y antes mencionado Darío, toqueteaban a Amira con curiosidad y se reían danzando a su alrededor, dándole empujones. Ella tenía una expresión de horror y miedo. No lo pude permitir. Salí disparado por la puerta trasera, corriendo con el cuchillo en la mano como si en aquel instante estuvieran cometiendo un latrocinio delante de mis ojos.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Dejadla en paz! —vociferé, enarbolando el arma blanca y llegando hasta ellos con los ojos inyectados en sangre—. ¡Quitáos de encima! —Empujé a uno de ellos, que cayó al suelo y empezó a llorar. Otro, más adolescente, se burló de mí.

—¡Uuh! El loco Carlo viene a proteger a su muñequita. ¡Qué patético! ¡Papá tenía razón! ¡No eres más que una insulsa masa de carne pútrida, sin cerebro!

Una vena salió disparada de mi cuello. Solté el cuchillo y agarré al niño por la muñeca. Hice fuerza y retorcí y retorcí con una sonrisa protectora y de completa satisfacción. Su muñeca hizo *crack* y el adolescente cayó al suelo llorando y gritando como un condenado.

Los chillidos hicieron que Darío y los demás invitados volaran hasta nuestra ubicación. Todas las personas contemplaron la escena estupefactas, con unas caras que deambulaban de la consternación a la más pura diversión. El perro, que también se había acercado, empezó a escarbar justo debajo del roble, ladrando y meneando la colita. Sentía el corazón a punto de salir del pecho. Un sonido

conocido volvió a mis oídos, como si un pollo acabara de impactar contra el suelo. Amira contemplaba lo que pasaba con la misma frialdad de siempre. El perro acabó desenterrando mi secreto.

Emergió una mano llena de tierra. Dalia renacía para vengarse y castigarme. Después de la mano asomó su rostro. Los presentes se quedaron mudos. Solo veía repugnancia y sorpresa en sus caras. Ewan y Darío reaccionaron raudamente; me agarraron de los brazos. Me revolví, inútilmente. El sonido que había escuchado cuando Dalia moría se repetía una y otra vez. *Bum, bum, bum, bum*. Los dos caballeros me arrastraron por el propio jardín de mi casa. Pataleé, grité y maldije a toda persona que estuviera allí presente. Eché la vista atrás.

Ah, ahí me di cuenta de que había sido un poeta. Había perseguido algo utópico, me había obsesionado en conseguirlo. Yo mismo me había arrancado los ojos, ocultándome la verdad. Sentada en el banco de piedra cercano al roble no estaba Amira, con su nivea piel y su hermosura divina, sino un maniquí frío y asqueroso, manchado, con ropas de hacía mucho tiempo atrás.

## (IM)PERFECT LOVE

*Pablo Javier Rañales Pérez*  
*Trans. by Erika Bondi*

TO TALK ABOUT LOVE is extremely cliché. Nonetheless, I believe that it's ok to remember clichés. Whoever thinks that this feeling is at least banal, I hope that they are condemned to a long and unbearable chain of misfortunes. What would we do without love? That precious, beautiful love that rips out our core with all its force and keeps us from continuing our miserable existence. That feeling that can take us to the point of obsession and is capable of unhinging the most sane person and strangle the best of the innocent. We are all love's victims; that relentless assassin. It has taken what I have loved most in this world and it has not left a single trace of it.

I have always been afraid. Did I love my wife? Yes, of course. Was I in love with her? I don't know. How do you feel when you're in love? How do you know what it is? These doubts eat away at me each day as if I were a gigantic piece of cheese and they, little rats that devour me bit by bit. The only references that I have had until that moment were those offered by books.

I had an evening routine. Everyday, when the sun rays turned timid and blushed, I would go to the library. I would run into the volumes that smelled of memories, dreams and stories. It was a magical place, a dark world where the light barely entered to be a daily reading corner. A wasteland full of excessively close shelvings that allowed a minuscule space exerting from halls. One was able to observe an intense red of such vigor that seemed like lava on the verge of falling over the people. And books, books and more books, here and there, vertical and horizontal, creating a completely chaotic sensation. Furthermore, there was a constant noise from a sewing machine, a worthy martyr of Dante's inferno. In fact, I don't know why this place received the honorable title of "library." But there it was, with its archaic sedentary life.

Not everyone handled the stress that the library caused. Really, only two people habitually went there with complete fidelity. We would always meet at the same time. She was a young woman, with snowy skin and a sea of grain in each one of her hairs. She flipped through the pages delicately, stroking them with her fingertips. You could not imagine the tenderness with which she handled those books. She was nothing what one can call a virago. What dignified grace of the queen of swans!

Many times I would gaze at her awestruck. My reading passed a second dimension and she became owner of all my attention. It was not until after many months when I dared to talk to her. A part of me was aware that I was allowing myself to be taken by a new impulse, that was overwhelming me and seemed to consume my entire being. During a brief time lapse (that which led me to her) I thought of Dalia, my wife. I did not know why, but her sweet image emerged with a hit to my head, impacting against her. Boom. I kept going.

"Good afternoon, miss."

She turned her head in a... strange way, almost mechanical. She sketched a smile and greeted me with her delicate hand.

"I could not help but notice the book you are reading." I continued. "It is without a doubt, and excellent work. It has an interesting background, with deep hints of social criticism. I recommend it to you one hundred percent."

The woman of unfading beauty shrugged her shoulders and diverted her eyes towards the book that she held between her hands.

I feared that the most abhorrent silence would take over the conversation. I would not allow it. Each gesture that I saw from her young body filled me with joy and made a downpour of vitality arise in my abdomen and ascend through my body until leaving my fine, tempting lips.

"How rude of me! You can call me Carlo. Would you please ease my longing of knowing your name?"

She penetrated me with a look for a considerable amount of time. After, her mouth began to gape like a silverfish, without emitting any sound. She took her hands to her throat and her face congested in a false face of horror at not being able to speak. Nevertheless, she ended up smiling.

Then I understood that the snow angel before me was mute.

\*\*\*

My visits to the library became more frequent, same as my insatiable desire to get whatever minimal gesture that I could from the silent girl. In one of the conversations that we had, I decided to name her on my own, seeing her reluctance to show me hers: Amira.

The time that I dedicated to Amira had consequences. At home, Dalia began to suspect things. Her questions were launched at my jugular with fierceness, bothering me and causing me unbearable harm. *Where were you? Why have you been so late? When are you going to get used to letting me know when you are going to be out for so long? I was worried, Carlo...* In the beginning, it wasn't important. After... after it was.

Days passed and I realized that during the time that I was in my own home, Dalia didn't take away her agonizing glares behind my back. When I would read calmly, she pretended to dust. Really, she was watching me. I would put on my raincoat and immediately go downstairs and she would ask me where I was going, if I was going out for a while again. It was that *again* that she hammered in my head. Her voice started to be piercing to me. My relationship with Amira was at full sail and with Dalia it was falling noisily down an abyss of silence and darkness, of hate and resentment.

Some months after my first contact with Amira, I was presented with the chance to show her my house. So I did. I didn't doubt in inviting her to spend a nice quiet afternoon there, taking advantage of my wife being out all day. I suppose that in my frivolous thoughts there was no word associated with infidelity. But in my subconscious... There I believe that what I was desiring most was ending the hindrance that Dalia put on my strange and outlandish relationship with Amira.

"Here is the lavatory and next to it, the guest room." I opened the door to the bedroom, showing it to the graceful woman that, in that instant, placed her delicate hand on my shoulder.

The love left my heart and extended quickly through my body. I had always desired to be loved and to love, to feel something so strong like that. I had become obsessed with achieving it. And finally I had it.

I accompanied her to the luxurious room, decorated with fine rugs and elegant paintings, velvety chairs and the sensation of

finding ourselves in something close to Eden. We both sat on the bed, looking through the window at the immense garden. The leaves of the trees fell ashamed and danced with the wind in the brief journey that they made before arriving to the ground and remaining there, its cadaver waiting to decompose. The rays entered through the window and made a frame on the floor. My hand slipped into Amira's, grabbing it with care. She looked into my eyes. My mouth approached hers, first caressing her lips with mine and then joining both in a sweet kiss. Maybe it was that gesture that made me notice the noise at the door as it closed. Perhaps it was the incessant barks of our dog, accompanied by the sudden and potent gust of air that was attacking the trees. Neither Amira nor I heard the creaking of the stairs, being stepped on by heels; we both kept delighting ourselves in the smell and taste of the other until Dalia screamed, frightened and confused.

"Carlo! What are you doing? Have you gone mad? This was your secret, you damned perv!" The words left her repugnant mouth as if they were cockroaches. They ran around the floor and climbed up my legs until seeping in through my ears.

I stood up. Amira was not perturbed. She simply observed Dalia with curiosity.

"Calm down, Dalia. It's nothing. She wanted to see our house, and, in short, the guest room seemed lovely to her." Little by little I was approaching her, my hands trembled.

"You're crazy, Carlo. You're out of it. How did this happen to you...? Her face was deformed into deep looks of disgust and disapproval.

Questions, questions and more questions. Some that didn't come to mind, others stupid, some meant to harm. What angst, what an eternal torture. My hands' bones appeared to make an effort. I pounce over her. Dalia, my dear and nauseating Dalia, had behaved heinously. Her sentence and punishment was going there. That which was once a sweet and tender woman kicked and scratched me tangling us up in a pathetic fight in the bedroom. She was resisting and screaming like a pig. Her sharp nails scraped over my skin and my cheeks, hurting me. I pushed her with all my strength. Her body went through the room's enormous stained glass, falling to the ground in between shrieks and crashing with a dry and hard sound. She had turned into a jumble of meat.

I looked out from the broken window. The dog sniffed



Dalia's lifeless body. He wagged his tail, happy to see her again. I skipped a sigh. At least her questions wouldn't bother me anymore. In silence, I went down to the patio. I pushed the animal aside and grabbed Dalia, carrying her over my shoulders and covering me in blood. Amira had observed the scene with an inhuman indifference, grazing evil. That made me bite my lower lip with force. The clock of sanity in my mind had stopped for some time. Tick, tock, tick, tock, and no more. I took a shovel near the wooden shed next to the house and, with an unusual and surprising professionalism, I went closer to the enormous oak in the garden. There, at her feet, I began to dig. From the second floor, the new owner of my heart studied the incident, undaunted. I wasn't only making the tomb only for Dalia, but also for the burden and sadness. There a new life was beginning for me, next to her. The neighbors thought that she would have left me for someone else or something like it. How quick was I able to remake my life with Amira.

I didn't realize, until much later, that I had turned into a true monster.

\*\*\*

It was Christmas eve, months had already passed since the incident. There were no arrows pointing to me and nobody found it strange that Dalia had abandoned me. They thought I was crazy that I spent the entire day reading, without showing my face to reality. But yes I was updated with everything happening around me. Nothing escaped my sharp sight. Amira moved to live with me. We would spend hours sitting in the same place, unless I conducted her to do something. We worked on the garden, we enjoyed the silence of the home, I read her passionate love stories that had filled my mind with sawdust and butterflies.

On such a lovely occasion, my family had a tradition of celebrating a huge neighborhood party. The bedrooms of my home were full of elegant gentlemen and attractive ladies and the piano music didn't stop until dawn. Everyone was dancing and laughing, they were enjoying themselves, getting to know each other and, for once, they stopped criticizing one another in order to fake a laugh. In the early hours of the long night, the big families with entire offsprings of kids attended. In that exact instant I found myself; I

attending to and greeting cordially each one of the fathers and mothers that had deigned themselves to attend the event. There was the flaming Darío, with his insipid wife, or general Ewan, always with his balls stuck to his military uniform. They allowed him to wear it for festive occasions, with the glasses of champagne in hand and the ounces of chocolate wandering from one side to the other.

I went to the kitchen. Perhaps by accident, perhaps not, Amira had insisted in spending that night sitting in the garden, gazing at the distant stars. I began to prepare the snacks. Nevertheless, something made me hesitate. Through the crystal I was able to see that three kids, the sons of the stuck up and previously mentioned Darío, were handling Amira with curiosity and were laughing and dancing around her and egging her on. She had a terrified and fearful expression. I could not allow it. I went out in a hurry through the back door, running with knife in hand as if in that moment they were committing a robbery in front of my eyes.

"Hey! Leave her be!" I shouted, hoisting the white weapon and towards them with bloodshot eyes. "Get off!" I pushed one of them, that fell to the ground and began to cry. Another adolescent, made fun of me.

"Ha! The crazy Carlo comes to protect his little doll. How pathetic! Pops was right! You are nothing more than a bland mass of rotten meat, without a brain!"

A vain abruptly popped from my neck. I let go of the knife and grabbed the boy by the wrist. I strained and twisted and twisted with a protective smile of complete satisfaction. His wrist cracked and the adolescent fell to the ground crying and yelling like a damned fool.

The shrieks made Darío and the rest of the guests fly to our location. All the people observed the incident stupefied, with wandering faces of consternation to the purest amusement. The dog that had also come close, began to dig just under the rubble, barking and wagging its tail. I felt my heart on the verge of leaving my chest. A familiar sound returned to my ears, as if a chicken finished falling against the floor. Amira observed what was happening with the same frigidity as always. The dog finished digging up my secret.

A hand emerged full of dirt. Dalia was being reborn to take

revenge and to punish me. After her hand, her face appeared. Those present remained silent. I only saw repugnance and surprise in their faces. Ewan and Darío reacted rowdily; they grabbed my arms. I turned uselessly. The sound that I had heard when Dalia was dying was repeated again and again. *Boom, boom, boom, boom.* The two gentlemen dragged me through my own garden. I kicked, screamed and cursed all the people that were there. I looked back.

Ah, there I realized that I had been a poet. I had pursued something utopic, I had obsessed in obtaining it. I had stripped myself of my eyes, hiding the truth. Seated on the rock bench near the oak was not Amira, with her white skin and her divine beauty, but rather a cold, revolting, stained mannequin with old clothes.

## DOSEL

*Judith Castañeda Suarí*

SE ENDEREZA UN POCO, SONRÍE con una sonrisa de telarañas pardas. No era cierto, murmura. El viento agrio de la costa no podía haber anunciado el arribo de un barco de muertos, de un hervidero de peste; ese lebrel, arrojado por la voluntad del Altísimo, debió olfatear una presa más grande y siguió de largo, seguro, o él no estaría de regreso. Fue un rumor y nada más, no hay ninguna muerte negra, repite mientras bebe la silueta en el dintel, aún más oscura contra la claridad del mediodía.

Compara este viaje con el primero. Entonces no tardó tanto; tal vez ahora el patrón le exigió la cubierta sin brizna de polvo o libre de fardos. Pero ahí está, el navío se lo ha devuelto, como antes, cuando le imploró a su Madre del Cielo poco más de medio año y la Señora le concedió el milagro de verlo de nuevo, el cuello y la frente requemados.

La silueta avanza, agita el lino de la entrada. Los estertores de la fiebre no la dejan ver ese rostro casi idéntico al de un moro. Pero es él, debe serlo; aunque el hambre de la lengua que llena su paladar sea otra, conoce lo áspero de sus palmas, la cicatriz blanquecina del vientre que descansa sobre el suyo a la manera de un recién nacido.

Viniste, dice por decir, por acompañar el silencio de sus dedos en la espalda de él. Lo siguiente es un rumor de paja y lino estrujados, unas piernas buscando sitio entre las suyas, un hatillo de plumas dibujando senderos sobre su piel. Y ella empieza a dudar; a veces los rostros parecen repetirse en más de un cuerpo. Y los susurros, las caricias, claveles que germinan al fondo de su entrepierna, no hacen sino madurar ese dejo de inseguridad; son tan distintos a la plegaria para bendecir un acto de la carne, a la espada fuera de la vaina, la acometida sin tregua, el vaivén de tormenta y los jadeos de plomo anteriores a este segundo viaje.

Quería verte, quería curarme de tanta pestilencia, responde al fin ése que llegó ignorante del cerco, de la condena a muerte para

quien, desde el mar, se atreviera a adentrarse en la villa, las manos debajo de su túnica. Tal vez la esté confundiendo: muchos hombres desean aliviar su fatiga envueltos en el aroma de muchas mujeres; la luz ocre de la playa bien pudo guiarlo hasta una puerta equivocada.

Quizás el alma de su compañero cambió a lo largo de la travesía, se le ocurre de pronto, adormecida por la fiebre y el arriba-abajo de su propio pecho. Entonces no estaría engañándolo, y tampoco ayudando a mitigar los tormentos de ningún viajero, trata de convencerse mientras deslizan sus ropas con la calma de quien desprecia los tiempos del sol.

El viento les arroja una arcada turbia. No importa. Ni los silbidos chocando contra el dintel ni el hedor a duraznos putrefactos, a estiércol, que se unta en los dos cortes de lino. No importa porque el aliento del viajero siembra un campo de flores y trigo sobre su desnudez, porque esas manos la envuelven con la muselina de la habitación de la señora del castillo.

Vine, no aguantaba más la podredumbre, temía perderme y en cambio tu rostro fue mi faro, le dicen, y esas palabras, y los dedos que se adentran en su entrepierna para llevarse con las uñas un poco de ella, los senderos de saliva dejados en su pecho, a lo largo de su cuello, la mano que roza uno de sus senos, llenan de esporas iridiscentes la repentina oscuridad del exterior, borrando al mismo tiempo las semanas de espera, las callejuelas cundidas de vómito y excremento, la fiebre añeja, las velas del navío que aún se arrastra sin timón a lo largo de la línea turquesa de la costa.

Busca emplearte con el señor, sus campos siempre necesitan brazos, ruega ella. Silencio. Y entre los muslos acuna un jirón de fetidez proveniente del hogar apagado, ya sin cenizas. Pero no se da cuenta, sigue hablando como si recién descubriera su voz, se llena la garganta con un nombre hecho de balbuceos, de sílabas fuera de cualquier idioma, nombre que podría pertenecer a uno de los tripulantes muertos de peste siglos antes de este desembarque o a cualquiera de los habitantes del caserío, cuerpos grises todos, vacíos de aliento sobre un camastro de paja y algodón.

\*\*\*

Y la fiebre no hace sino engañarla, formar capullos en torno a su cuerpo; luego de hilar para ella este nuevo fantasma la

mantendrá en las ruinas de su casa otro siglo, otros dos, ignorante del terreno negro al que van los insepultos, siempre a la espera del navío donde su esposo encontró empleo después de dejar a sus suegros.

## CANOPY

*Judith Castañeda Suari*  
*Trans. by Erika Bondi*

SHE SITS UP SLIGHTLY, SMILING a bleak cobweb smile. It wasn't true, she murmurs. The bitter coastal wind could not have announced the arrival of a boat of death, a throng of disease; that hound, unleashed by order of the Almighty, must have smelled a larger prey and continued further, certainly, or he would not be returning. It was nothing more than hearsay, there is no black death, she repeats while drinking in the silhouette on the lintel, growing darker against the clarity of the afternoon.

She compares this journey with the first. It didn't take as long then; maybe this time the Captain demanded the deck to go without an ounce of dust or free of clutter. But there it is, the ship has returned him, like before, when she begged Mother Sky just over half a year and the Goddess granted her the miracle of seeing him again, neck and forehead burned.

The silhouette advances, agitates the linen of the entrance. The death rattle of the fever did not allow her to see that face almost identical to a moor. But it is him, it should be him; although the tongue's hunger that fills her palate is for another, she knows the roughness of his palms, the abdomen's white scar that rests over hers like a newborn.

You came, she says just to say it, to accompany the silence of her fingers on his back. What followed is a hint of crumpled straw and flax, legs looking for a place between hers, a small bundle of quills drawing paths over her skin. And she begins to doubt; sometimes the faces seem to repeat themselves on multiple bodies. And the mutterings, the caresses, the carnations that bloom deep in her loins, do not make, rather enhance the taste of insecurity; they are so distinct from the pleading to bless a carnal act, to the sword out of the sheath, the rush without end, the swaying of the storm and the leaden gasping previous to this second journey.

I wanted to see you, I wanted to cure myself of such

pestilence, he finally responds, he who arrived unaware of the siege, of the condemnation to death for whom, from the sea, would dare to penetrate the villa, hands under her tunic. Maybe he is confusing her: many men desire to erase their fatigue wrapped up in many women's scent; the ochre light of the beach guided him to a mistaken door.

Perhaps her companion's soul changed throughout the voyage, it suddenly occurred to her, dazed by the fever and the palpitations of her chest. So she should not deceive him, nor should she help allay the torment of any traveller, she tries to convince herself while their clothes slide off with the calm of those who scorn the passing of time.

The wind throws them a murky fit of heaving. It doesn't matter. Not the whistles crashing against the lintel nor the stench of putrefied peaches, to manure, that smears the edges of the linen. It does not matter because the traveler's breathe plants a field of flowers and wheat over her bare body, because those hands wrap her with muslin from the lady of the castle's bed.

I came, unable to take anymore of the rotting, afraid to lose myself and on the other hand your face was my lighthouse, they tell her, and these words, and the fingers that enter her inner thigh to take a part of her with his fingers, the paths of saliva left on her chest, along her neck, the hand that grazed one of her breasts, fill the sudden darkness with iridescent spores, erasing at the same time the weeks of waiting, the spreading alleys of vomit and excrement, the aged fever, the candles of the vessel that is dragged on even without a rudder along the turquoise line of the coast.

I'm looking to employ you with the man, his fields need workers, she pleads. Silence. And between the muscles sway a shred of fetidness coming from the muffled hearth, already without ashes. But she doesn't realize, she continues speaking as if she just recently discovered her voice, she fills her throat with a name made of mutterings, of syllables not of any language, name that could belong to one of the crewmen dying of the plague centuries before this docking or any habitant of the village, all grey bodies, out of breath over the sunbed of hay and cotton.

\*\*\*

And the fever does nothing but deceives her, forms cocoons

around her body; then spins her this new ghost keeping her in the ruins of her house for another century, another two, ignorant of the black terrain where the unburied go, always waiting for the ship where her husband found work after leaving behind his in-laws.

## PHALLUS ENVY

*Hisbam Bustani*  
*Trans. by Maia Tabet*

“I USUALLY HOLD A WILD and wicked party at the end of the school year,” he told his class of veiled female students, eyeing them lecherously and twirling a long thick cigar between his fingers. He rested the cigar between his teeth, closed his lips around it and used his Zippo to light up.

Muffled giggles rose from the few seats in the room. When he handed out the research topics at the end of the lecture, not one of the students looked him in the eye.

“Research is a very precise thing,” he explained, “and I’m an extremely precise man. That’s why I must get to know everyone of you personally and follow your progress closely—so that everything lines up perfectly.” Then, he asked to see them in his office, one-on-one.

\*\*\*

His eyes undressed her at the door, and as soon as she sat across from him, he jumped up from behind the desk to sit beside her in one of the visitor chairs that (for now obvious reasons) were all lined up next to each other.

Physical communication was best in his view. That is why when explaining the research topic in detail to his student, his arm waves around and comes to rest on the back of her chair, his fingers darting, brushing seemingly unintentionally against her, the movements gradually becoming longer and turning into more deliberate caresses.

The girl sitting in the chair next to him might tense up, fidget and squirm in her chair, or freeze and stop breathing altogether; she might also respond with feigned coyness and a flirtatious “Prof-ess-ooooor!!!” sending him into a swoon that ensures she’ll get full marks for class participation. A few girls leave in a huff, slamming the door behind them, and fewer still consider going to the dean of the faculty and lodging a verbal complaint. The dean

remembers that he too had seen students in that very office one morning long ago.

\*\*\*

“Hello...”

“Ah, what a gorgeous phone voice you have.”

“Thank you, Professor.”

“I need to give you an extra assignment. I have a speech to deliver on the occasion of the Almighty Leader taking up his constitutional powers. I would like you to translate it into English.”

“Yes, Professor.”

His other cell phone rings. “Just a minute... Hello... Good day to you, Sir. Yes, sir, I included my written recommendations in the final report I submitted to your office this morning. At your service, Sir... No, no ... thank you so much for asking, I can't think of anything. Yes, of course, I wouldn't hesitate to ask if I needed something. At your service, Sir...” By the time he returned to their call, she'd heard every word.

“It was a call from the Almighty Leader's office. You know how it is. Anyway, I will email you the text now, and please get the translation back to me the same way.”

“Most surely, Professor.”

“Once this bloody semester's over, I'm going to take you to dinner, along with your friend, the one who sits next to you in class ... It's a date, then?”

“.....”

“We can talk about your career options. There are some great vacancies in a number of government agencies and departments, as well as in the office of the Almighty Leader himself. I can wangle something for you. Well, you have a good night, now.”

“And the same to you, Professor.”

\*\*\*

“Today, we're going to do some straight talking. I want a no-holds-barred evaluation ... in particular, what you don't like about me or my teaching style.”

Huda raised her hand. “Professor, I really dislike the fact that you smoke cigars in class. It makes you seem arrogant.”

After the lecture, he asked her to come into his office, alone. When her friend sent her an SMS later, asking how it had gone, she replied, “He showed me his special cigar collection and gave me one.”

\*\*\*

When he locked the door to his office, slipped off his shoes, and unzipped his pants, dropping them to his feet, Huda wasn't sure what she should do. Scream, jump out of the closest window, or ...what? But her gaze was drawn to the bulge in his underpants: its size was at odds with the puny figure standing before her. As he rolled down his underwear, her curiosity got the better of all the other emotions battling inside her and her laughter erupted like the sonic boom of a jet breaking the sound barrier: a long thick cigar dropped from between his thighs revealing a smooth, perfectly sleek, mound underneath.

Huda picked up the cigar, lit it with the Zippo, and puffed on it hard as the professor swayed with pleasure.

[Five years later]

The professor (now the Almighty Leader's advisor), followed by Huda (now the head of the ruling party's policy division), entered the large office with a retinue of ministers, agency heads, advisors, and executive directors of both genders in tow. The Almighty Leader, concealed by a veiling screen, was seated on a throne and no sooner had the high and mighty assembled than the doors were locked. From behind them wafted up the distinctive smell of a long thick cigar.

## EXORCIZADO

*Andrés Torres Scott*

ABRO LOS OJOS. Mi mejilla pegada a un suelo de duela. Babeo. El aire falta, no puedo moverme. No siento brazos ni piernas. Mi lengua está tiesa, sabe a metal amargo, como si recién vomitara. Tengo tierra en mi boca. Sube por mi tráquea un sabor pastoso y ácido que me cala. La baba escurre por la comisura de mi boca contra el suelo, la escucho gotear sobre el piso de madera.

Hay voces a la distancia, sonidos incongruentes que apenas semejan frases. Gritos, chillidos, aullidos de una, quizá dos personas, todos incoherentes.

Siento mi cuerpo. Mi brazo está extendido hacia atrás y mi palma da hacia arriba. Intento mover la mano, no puedo. Miro mi otra mano frente a mis ojos. Verla me da ánimo para intentar moverla. Solo lo consigo después de un gran esfuerzo.

Despacio y con dificultad me pongo de rodillas. Un dolor abdominal me paraliza, siento puntos de dolor en el vientre, como si me hubieran apaleado. Duele la espalda. El dolor me dobla. Me abrazo el vientre, puedo mover las manos.

Escucho otra vez los gritos, chillidos de pena. No. Quizá son de odio.

Me hincó y observo alrededor. No. No debería de estar en este lugar. Es el pasillo de una casa, un segundo piso a todas luces, un tragaluz en el techo permite que los rayos solares iluminen y me dejen ver alrededor.

Siento mi cuerpo salpicado de quemaduras, pero mi piel no se ve dañada, no veo herida alguna. Me toco con miedo, curiosidad, placer. Hay dolor sobre mi pecho y puedo identificar con precisión milimétrica varios puntos en los que me arde la piel de mi tronco. Mucho en cuello y hombros. Creo que me han quemado. Siento que me han arrojado gotas de aceite hirviendo con una antorcha encendida y salpicado todo el cuerpo.

Un grito de terror proviene de la habitación más cercana y me pone los pelos de punta.

—¡Sal en nombre de Dios! ¡Lárgate maldito!

Me pongo de pie. Más por miedo que por fuerza. Doy dos pasos hacia la habitación de donde viene la voz. Empujo la puerta con fuerza y la abro de par en par.

La escena me confunde.

Tres personas dentro de la habitación han volteado a verme, a donde yo estoy, pero no pueden verme. Lo sé porque me ignoran. Solo miran la puerta abierta. Están sorprendidos.

Es una habitación común y corriente con su cama, dos mesitas de noche, tocador y luna. Recostado en la cama, casi sentado, se encuentra un hombre sin camisa, fuerte, guapo, joven, cercano a los 30. Sería de mi tipo. Él está fatigado y de su boca escurren rastros de un vómito amarillo denso y vaporoso que escurre trozos de no quiero saber qué.

Frente a su cama está otro hombre de sotana y rosario sobre el pecho. Tiene una Biblia gorda y abierta en las manos. El sacerdote se acerca a mí, es decir, a la puerta que recién abrí. Traspasa mi cuerpo y azota la puerta para cerrarla.

¿Soy un fantasma? ¿He muerto? Mi padre decía que soy distraído, pero no saber que ya morí nunca estuvo entre mis planes.

En la otra esquina de la habitación, hay una mujer de pie, es espigada, va despeinada, suda a chorros. Ella tiembla, en los ojos hay marcas de no haber dormido y de llanto. Me causa pena. Ella viste pantalones negros y blusa blanca y en la mano lleva... Lleva una vasija de cobre o de oro y un pequeño palo. No. No es una vasija. Ni es un palo.

Es un acetre, sí, claro que lo es. ¿Cómo sé que es un acetre y el palo es un aspersorio? Un aspersorio únicamente rocía agua bendita y yo no soy un muerto.

Soy un demonio recién exorcizado que tiene que ir a buscar un nuevo cuerpo.

## EXORCISED

*Andrés Torres Scott*

*Trans. by Anna Kathryn Donko*

I OPEN MY EYES. My cheek is stuck to a floorboard. I am drooling. There's no air, I can't move. I can't feel my arms or legs. My tongue is stiff and tastes like bitter metal, as if I had just vomited. There's dirt in my mouth. A thick acidic taste burns as it rises up through my throat. Saliva runs out the corner of my mouth against the floor, I hear it dripping.

There are voices in the distance, meaningless sounds that barely resemble words. Shouts, shrieks, screams from one, maybe two people, all incoherent.

I can feel my body. My arm is extended backward with my palm facing upward. I try to move my hand, I can't. I see my other hand in front of my eyes. Seeing it encourages me to try to move it. I manage to move it with great effort.

I get on my knees slowly and with great difficulty. A pain in my abdomen paralyzes me, I feel shots of pain in my stomach, as if I had been beaten. My back hurts. I bend over from the pain. I hold my stomach, I can move my hands.

I hear the shouts again, screams of anguish. No. Maybe they are screams of hatred.

I crouch down and look around. No. I shouldn't be in this place. It's the hallway of a house, the brightly lit second floor, a skylight in the ceiling lets the sunlight in and I can see everything around me.

I feel my body splattered with burns, but my skin doesn't look injured, I don't see any wounds. I touch myself with fear, curiosity, and pleasure. There is a pain in my chest and I can detect with extreme accuracy numerous spots on my body where the skin is burning. There are many on my neck and shoulders. I think someone burned me. I feel like my body has been sprinkled with

boiling oil from a burning torch.

A terrifying scream comes from the room closest to me and makes my hair stand on end.

"Leave, in the name of God! Leave, demon!"

I stand up. More out of fear than strength. I take two steps toward the room from where the voice is coming. I push the door hard and open it little by little.

The scene confuses me.

Three people in the room have turned in my direction to look at me, but they can't see me. I know because they ignore me. They only look at the open door. They are surprised.

It's an ordinary room with a bed, two nightstands, a dresser and mirror. Lying on the bed half-sitting is a man without a shirt, strong, handsome, young, about 30. A lot like me. He is exhausted and thick yellow vomit and clumps of some strange substance are running out of his mouth.

Facing the bed is a man in a robe with a rosary around his neck. He has a thick Bible opened in his hands. The priest approaches me, or rather he approaches the door I had just opened. He passes through my body and slams the door shut.

Am I a ghost? Have I died? My father said I was absent-minded, but not knowing when I had died was never in my plans.

Standing in another corner of the room is a woman, tall, thin, disheveled, sweating profusely. She is trembling and her eyes show that she has been crying and hasn't slept. I feel pity for her. She is wearing black pants and a white shirt, in her hand she's holding ... she's holding a golden urn and a little stick. No. It's not an urn. It's not a stick.

It's a holy water vessel, yes, of course it is. How do I know it is for holy water and the stick an aspergillum? An aspergillum only sprinkles holy water, and I am not dead.

I am an exorcised demon that must now look for a new body.



## EL OTRO HIJO DE LOS WANG

*Mario Martz*

ABRA LA PUERTA, ÁBRALA, dice el señor Wang.

Puedo imaginarlo: de pie, en su bata roja y con sandalias negras, tocando con su pequeña mano la puerta. Sólo cuando deja de tocar y escucho sus lentos pasos en dirección a la planta baja, pienso en la noche en que yo toqué esa puerta. Pero ahora doy vueltas entre las sábanas y reconozco el lugar: la misma habitación invadida de cajas repletas de ropas y objetos que los Wang ya no usan y que en un par de semanas donarán a una organización de beneficencia.

A decir verdad, llevan tiempo diciéndome que algún día donarán todo, pero ese día nunca llega, y yo no hago más que insistirles que lo hagan de una buena vez: así podrán despejar el cuarto y, sobre todo, librarse de la vida que cargan los objetos dentro de esas cajas.

Y ahora que me levanto, busco mis cosas y me dispongo a bajar a la primera planta. Los Wang me invitan a que me siente con ellos, me preguntan si dormí bien.

Muy bien, respondo, arrastrando una silla.

Es la primera vez que duermo con ellos. Todo comenzó hace un par de semanas, cuando el señor Wang me invitó a quedarme a dormir. Hasta ayer me negaba con firmeza, pero no tuve otra opción pues había tomado demasiado y estaba tan ebrio, que apenas podía sostenerme de los brazos del señor Wang. Según ellos, estuve gritando que me dejaran ir, pero el señor Wang, en tono insistente, decía «no amigo, ésta es su casa, somos amigos».

Los Wang están en el país porque buscan a su hija desaparecida y cuando me enteré de que eran los nuevos inquilinos, toqué a la puerta como quien llega a la casa del nuevo vecino para decirle: «Si se les ofrece algo, sólo búsqüenme. Vivo a la vuelta». Fue muy fácil convencerlos, pues a las semanas el señor Wang tocó a mi puerta para preguntarme si conocía a alguien que le sirviera de

chofer. Le propuse que yo podía hacerlo: que no me costaba nada encender mi camioneta y pasearlos por la ciudad y acompañarlos a la calle cuando fuera necesario, así como ayudarles a practicar su español.

Al señor Wang, sin embargo, le pareció extraño, pues no concebía que un desconocido fuera tan amable con él y su esposa. Aclaro que yo tampoco esperaba serlo, pero me daba curiosidad saber por qué estaban en el país y cómo habían dado con este condominio.

¿Seguro, seguro?, preguntó el señor Wang.

Sí, respondí. ¿Por qué?

Por nada, amigo, por nada. ¡Gracias!

Antes de ellos estuvo una familia brasileña, a quienes les ofrecí ayuda, pero a las semanas abandonaron la casa. Luego llegaron unos rusos, a quienes les pregunté si mi exesposa les había rentado la casa. Ellos respondieron lo mismo: «No conocemos a ninguna Laura. La renta se negocia a través de una agencia inmobiliaria».

Pero con los Wang fue diferente, especial. No para ellos, sino para mí. Aceptaron mi compañía, sobre todo el señor Wang, ya que en el fondo reconoce que la amistad está marcada por la inevitable complicidad de la pérdida. Hay visitas que se convierten en noches inolvidables; noches cargadas de historias, obsesiones y esperanzas. Noches en las que el señor Wang, en su español accidentado, cuenta en distintas versiones su vida de campesino en su China natal y, entre fascinación y lástima, el día que conoció el mar y la suerte que acompañó a su familia cuando él tenía once años, pues su padre fue un perseguido político tras el triunfo de los comunistas en 1949.

Fue muy duro, amigo, repite cuando recuerda el episodio.

Llevo varios meses dedicado a descifrar su historia, mientras ellos intentan descifrar la mía.

La señora Li, en cambio, me habla de Zhao, el hijo que vive en Nueva York y a quien no ven desde hace cinco años. También me cuenta —esto lo repiten cada tanto, como si fuera el único tema de conversación— de la hija desaparecida en Honduras. Se llamaba Mei. Tienen la esperanza de encontrar algún indicio de ella y esperan que un día, alguna autoridad competente les llamará para decirles que finalmente la encontraron. Ya no viva; al menos su cuerpo, musita el señor Wang, entrecerrando los ojos, levantando su taza de té y dándole una calada honda a su cigarro. Sólo eso,

amigo, sólo eso, agrega.

Mei viajaba en autobús con otros siete turistas a las ruinas de Copán. Habían salido de madrugada de Managua. Y después de cruzar la frontera fueron interceptados por un grupo de maras. La noticia la recibieron tarde, un mes después, cuando un representante de su embajada en Managua los llamó para contarles la tragedia. Vendieron todas sus pertenencias y realizaron una larga travesía a un país cuya lengua balbuceaban gracias a sus cursos previos al viaje, y mi compañía, según me ha dicho el señor Wang, ha sido muy importante para ellos, sobre todo en un país que no conocemos, porque sabe, amigo... buscar a una hija desaparecida en un país extranjero es como caminar hacia la muerte de uno mismo.

Hasta ahora las autoridades han informado que no saben nada del paradero de Mei ni de los otros turistas. Todas las versiones coinciden en que fueron secuestrados, asesinados, y que los cuerpos fueron quemados en alguna montaña de Honduras. ¿Cómo saben todo eso las autoridades?, se preguntan los Wang con desconfianza. Nadie ha podido aclararlo, es algo que solamente con el tiempo se sabrá, les digo. Varios periódicos de la región han publicado investigaciones en torno al tema, pero ningún informe ha aclarado la desaparición de Mei.

Hace una semana los Wang se alertaron de una serie de crímenes. No podían creerlo; en cuanto vieron las imágenes de los cuerpos flotando sobre los lomos de las aguas grisáceas de un lago, corrieron a llamar a su embajada, pero nadie les atendió, luego me buscaron a mí. Intenté calmarlos, les dije que eso no era real, que este país es un país seguro, pero los Wang no hallaban la forma de decirme que se sentían inseguros y que querían regresar a su China ahora ya lejana. No sé cómo logré calmarlos. No dejaron de preguntarme si esto era frecuente, les dije que no, ¿cómo van a pensar eso? Pero la foto publicada en el diario *La Prensa* demostraba lo contrario: varios cuerpos quemados y algunos enterrados en un bosque. Intenté explicarles que esa había sido una noticia ocurrida hacía ya varios años, pero la señora Li, que nunca habla, me pidió que no les mintiera. Les dije que no, que no estaba mintiendo. Al final, sin embargo, decidí contarles lo verdaderamente ocurrido, y confirmar sus sospechas, y durante el resto de la tarde se dedicaron a repetir las siguientes palabras: «peligro, país peligroso».

Pobres viejos, pensé: no saben a dónde jodido vinieron a

parar y ahora podría ocurrir lo mismo. Por suerte la señora Li cambia de tema, menciona el nombre de Mei, el señor Wang se apresura a servirnos más té; no habla, solamente observa, escucha, y enciende otro cigarro. Confundido con la sombra de la mañana, comenta: Va a llover —mueve su cabeza verticalmente y señala con su cigarro hacia la ventana. Me doy la vuelta y descubro que los niños vecinos juegan en el jardín de enfrente. Uno de ellos lanza la pelota contra la casa de los Wang. No la tirés tan fuerte, dice el otro, y me mira con culpa a través del cristal de la ventana. Los Wang no se percatan. El otro niño, al descubrir que los escudriño con odio, responde: ¡¡Se me fue!! Y se alejan del jardín, hacia el otro extremo de la calle.

Cuando los niños se alejan por completo, regresamos al tema de Mei. Ambos coinciden en que esperan un milagro, que no se irán del país hasta encontrar algún indicio de Mei. ¿Y si no la encuentran?, me pregunto ahora que veo los ojos del señor Wang. Su esposa suspende la narración de la historia; no comprendo lo que hablan, quizá discuten, y mientras hablan o discuten, yo me sumerjo en mis recuerdos, en mis propias palabras, en mi propia historia: Yo también me senté en el lugar donde ahora lo hace el señor Wang. Discutí como lo hace cualquier hombre casado. La discusión que aún recuerdo tuvo lugar la noche en que levantamos a Emilia, cuando todos los vecinos dormían al compás de la lluvia. Yo seguía despierto, trataba de leer un libro y de pronto escuché timbrar el teléfono. No pensaba atender, pero levanté el auricular después de escucharlo sonar cuatro veces.

Era Laura. Semanas atrás habíamos firmado los documentos del divorcio: cinco años juntos, cinco años de apariencia familiar condenados al fracaso.

¿Sabés qué hora es?, pregunté.

¡Emilia está encerrada! ¡No sé qué hacer!

¿Cómo así?, pregunté.

Sí, está encerrada; la puerta se cerró: las llaves están dentro de la habitación. ¡No sé qué hacer, no sé qué hacer!

Me levanté de la cama y caminé bajo la llovizna de la noche.

Laura, todavía desesperada, siguió diciendo: ¡Emilia está adentro; no sé qué hacer! Subí a toda prisa a la segunda planta y empecé a llamar a Emilia.

¿Ya le hablaste?, le pregunté a Laura.

Respondió moviendo el mentón en señal afirmativa.

Seguí llamando a Emilia, pero ella dormía; al rato, escuchamos los ronquidos de la niña. Traté de forzar la puerta. Primero con ambas manos, después con un trapo apoyado de un cuchillo. Fue entonces que Laura me dijo que si intentaba abrir de esa manera, iba a despertar a Emilia.

Pero eso es lo que queremos, ¿no?

No, dijo ella, la idea es despertarla, no asustarla.

Se me ocurrió llamar a un cerrajero. Se lo comenté, pero ella volvió a poner objeción. La misión parecía imposible y opté por creer que ella había cerrado a propósito. «¿Y si dejó las llaves adentro y encerró a Emilia para que yo viniera?». Nos quedamos en silencio. La vi a los ojos, volvimos a escuchar los ronquidos de la niña. «Nunca antes había escuchado dormir profundamente a Emilia», pensé.

Me hizo a un lado y susurró su nombre. Con sus labios pegados a la puerta, decía «Emilia, Emilia, tu padre está aquí. Quiere darte un abrazo». Por primera vez sentí que ella me daba mi lugar; que en realidad era paranoia mía pensar que Emilia tuviera una imagen nefasta de su padre.

La niña seguía durmiendo. Luego intenté yo.

Emilia, es papá, hija; despertá. Emilia...

Sus ronquidos eran cada vez más fuertes.

De pronto Laura me recriminó el fracaso de nuestra relación. Yo hice lo mismo. No nos hablábamos. A veces conversábamos por teléfono, y cuando lo hacíamos, era para hablar sobre asuntos relacionados con Emilia.

Subimos el tono. ¿Quién había sido primero? Ella dijo que yo; yo afirmé que ella. Que la culpa la tenía el tiempo; la edad. Nos convertimos en padres a los diecinueve y fue algo que nunca quisimos, pero aceptamos. En los primeros años fingimos ser un matrimonio normal, como esos que los padres de antaño esperan de sus hijos primogénitos.

Cada quien había encontrado excusas para dejar la relación, y las infidelidades mutuas fueron la mejor salida; pero ni ella ni yo aceptamos la culpa. Mientras nos gritábamos, Emilia comenzó a llorar; escuchamos sus exclamaciones: ¡mamá, mamá!, ¿estás allí? ¿Qué pasa? ¡Tengo miedo!

En ese momento llamamos a Emilia al unísono. Le dijimos cómo debía abrir; a sus cinco años nadie le había enseñado cómo dar vueltas al pestillo de la cerradura, por lo que fue todavía más

difícil calmarla.

Dale vuelta a la manecilla; a la bola donde están las llaves. ¿Hija? ¿Me escuchás?

¡No puedo, no puedo! ¡Está muy dura!

Tomé el cuchillo; le dije a Emilia que se hiciera a un lado, rompí la cerradura de un golpe. En cuanto nos vio, Emilia dejó de llorar, corrió a mis brazos. Luego a los de su madre. Se la arrebaté a Laura, la niña me abrazó con más fuerza. Le susurré al oído «ya, está bien, no fue nada, nada más fue un susto» mientras la llevaba a su cama.

¿Te vas a quedar?, preguntó.

Acariciando su cabello le respondí que no, pero le aseguré que volvería pronto. Vi en su rostro una sonrisa y me quedé a su lado hasta que finalmente se durmió. Todavía recuerdo que mis manos seguían enredadas con las suyas cuando Laura llegó y me dijo que debía marcharme. Levanté la cabeza, pensé en decirle que quería quedarme, pero finalmente desistí. Al fin de cuentas éramos dos vecinos que tenían en común una hija, y el amor, por decirlo de alguna manera, era apenas un personaje de reparto, y no tenía caso sacarlo de allí.

A la mañana siguiente, tras despertarme y reconstruir lo ocurrido, me levanté de la cama. Era fin de semana y me tocaba ver a Emilia, tal como el acuerdo lo demandaba; yo pasaría por ella y luego nos iríamos al cine al caer la tarde, pero esa mañana me fui a comprarle un regalo.

De vuelta en el condominio, opté por guardarlo. Luego desistí, me dije que debía dárselo cuanto antes. Me bajé de la camioneta y caminé a la casa, o lo que yo antes llamaba mi casa. Toqué varias veces, pero nadie respondió. Me asomé por una de las ventanas: la casa estaba custodiada por el silencio. Regresé a mi cuartucho, y más tarde, cuando la penumbra empezaba a caer y las calles quedaban a oscuras, iluminadas apenas por las farolas, retorné a la casa: toqué por más de media hora como un idiota la puerta. Se me ocurrió que Laura se había ido a pasar el fin de semana con sus padres. Dejé pasar los días. Me concentré en asuntos del trabajo, y el jueves de la siguiente semana volví a tocar. Motivado por la curiosidad, o más bien por la necesidad de saber de Emilia, saqué la copia de la llave que yo aún guardaba y decidí entrar, no sin antes asegurarme de que nadie me estuviera observando.

La casa estaba a oscuras, los muebles permanecían en el mismo lugar, el cuarto y armario estaban vacíos. Entré al cuarto de Emilia y tampoco estaba su ropa. Fue entonces que corrí a llamar a Laura y al no obtener noticias de ella llamé a sus padres. Intento inútil, porque tampoco ellos me dieron señales de Laura.

Desde entonces no he vuelto a ver a Emilia, y cuando los Wang preguntan por mi familia, yo respondo que no tengo, que no quiero hablar, y a veces, sin embargo, comento que tengo una hija de la que hace mucho tiempo no sé nada. En ese momento intento contarles la verdad, pero a mitad del relato callo, y me abstengo de confesarles que la casa donde viven es la misma que yo pago al banco. Así que sólo les cuento que soy un padre que busca a su hija, que al igual que ellos estoy en busca de la familia que una vez tuve y que espero algún día encontrarla. Los Wang me aseguran que encontraré a Emilia, y mientras los días pasan, mi amistad con ellos crece y es casi una fraternidad que va más allá de ser simples vecinos.

Los Wang dejan de discutir. Una mano me roza el brazo: es el señor Wang, me pregunta qué pasa, ¿en qué piensa, amigo? ¿Todo bien? No respondo sino hasta que pregunta por tercera vez y advierto que el señor Wang se impacienta.

En la historia de Mei, respondo.

Se ven a la cara, y ella coloca una mano sobre el hombro de su marido. Luego se levanta y pone su taza vacía en la bandeja. El señor Wang, sin pronunciar palabra, también se levanta. Me quedo sentado, finjo entristecerme, conmovirme con la historia de su hija; comento que yo también albergo la esperanza de que pronto aparezcan señales de Mei.

El señor Wang me da un apretón de mano; apaga su cigarro y camina hacia la segunda planta, y desde la cocina la señora Li y yo escuchamos el golpe de la puerta. La señora Li regresa a la mesa, y tras descubrir que mi taza está vacía, pregunta si puede levantarla. Le respondo que sí. Sigo sentado, pensando. Mientras ella lava los platos yo me pregunto qué estará haciendo el señor Wang. ¿Acaso abriendo las cajas selladas donde también están las pertenencias de Mei? ¿Al final se decidió a donar todas las pertenencias de su hija? ¿Le dirá a su mujer que es suficiente, que no encontrarán ninguna respuesta, que mejor se van de este país?

Cuando dejo de pensar en el señor Wang, volteo hacia el frente y descubro que los niños siguen jugando. Desde aquí

escucho sus voces y los veo correr en mitad de la calle. Una lágrima empieza a resbalar por la ventana. Alguien los llama: recogen la pelota y corren hacia su casa. Observo los árboles mecerse con el viento. La señora Li regresa a la mesa, y se sienta, y me dirige una sonrisa al tiempo que se seca las manos en su delantal y las pone sobre la mesa. Me sonrío como idiota. Yo hago lo mismo.

¿Quiere algo más?, pregunta.

No, respondo. De hecho, ya me voy.

Nos levantamos —me da un abrazo y le pregunto por su marido.

En la bodega, responde. Cada vez que hablamos de Mei, como usted sabe, se pone triste.

Me imagino, respondo, con algo de desgano e indeciso porque a decir verdad no quiero irme de aquí. Es sábado, y me imagino haciendo lo mismo: leer, ver alguna película, pasar dormido, pensar en Emilia; dar vueltas por todo el cuartucho.

Aprieto los labios y se me escapa una sonrisa falsa. Imagino al señor Wang en el cuarto de Emilia, observando ceremoniosamente las prendas de Mei, sentado en la misma cama donde yo también estuve pensando en mi hija. Finalmente la señora Li comenta que no me preocupe, que conoce muy bien a su marido, y que la tristeza, al igual que la lluvia, pasará. Ahora me pregunta si me siento bien. Le respondo que sí, que ya no tengo dolor de cabeza, pero es el momento cuando más mareado me siento, como si me dieran con un mazo en los sentidos. Luego me da las gracias por venir —lo dice tan bien, que ni siquiera me percató de la erre. La felicito por su pronunciación, ella junta las dos manos, como una niña complacida con sus méritos, y me manifiesta que todo es gracias a mí, a mis clases de pronunciación de español.

Le respondo sonriendo que no se preocupe, que seguiré dándoles clases de español: el tiempo que sea necesario. Ella asiente, complacida. Me levanto y, tras pasar el umbral de la puerta, comienzo a correr hasta llegar al departamento. Busco las llaves, no las encuentro. Observo cómo el agua engulle el asfalto. Desde mi rincón veo también a los niños vecinos reír entre ellos, o acaso saludarme, quizás invitándome a pasar a su casa porque les dijeron a sus padres que afuera está el vecino oficinista mojándose. El agua sube a las aceras. El viento amenaza con romper el vidrio de las ventanas. Relampaguea. El cielo se cierra como si fuera el fin del mundo y la idea de volver donde los Wang se convierte en un

deseo constante. Entonces repito para mis adentros las palabras de la señora Li y me arrinconan en la puerta, evitando la lluvia.

[De *Los jóvenes no pueden volver a casa*, (Anamá ediciones, 2017)]

## CARTA NEGRA

*Jacques Carrié*

IT WAS JOSÉ'S UNEQUIVOCAL IDEA to sit and put down on paper, as faithfully and quickly as he could, the elements of the Encounter.

Fresh pre-dawn air felt like cold ice on his neck, but he wasn't going to close that window. For sure, the message was far outside. The nearest zone to the moon between Orbit 47<sup>th</sup> and Orbit 49<sup>th</sup>. Blue zone. Gelatin green around it.

Anyway, he'd started, knuckles trembling in two fingers, his stomach sucked-in, ribs hurting, bilingual mind and pencil attuned and rolling:

*“Esta mañana me desperté de repente [This morning I suddenly awoke] (he meant vertically—sashhhhhh—like a concrete column plunging from the sky) con una intranquilidad sospechosa [with suspicious restlessness], he wrote both in plain old-fashioned Castellano on a pad of yellow paper and in fairly good modern English on a pad of blue paper]. Me pareció captar un mensaje en un sueño tan real para mí que no pareció un sueño. Es la primera vez en mi vida que me sucede esto. [It was as though I had captured a message in a dream so real that it didn't seem to be a dream at all. It's the first time that such a thing happens in my life].”*

Although relatively young, José—an urban traffic advisor who reported periodically to the *Zona Occidental de Congestionamientos Motorizados del Estado de Carabobo, Venezuela*, and to the U.S. Office of Picturesque Traffic Happenings, headquartered in San Diego, California—abhorred excesses of any kind, particularly those applied to languages, morals, speculative fiction, fuel consumption, and foreign affairs.

Only recently was he becoming increasingly aware (and amused) at his capacity for creating the most disreputable forms of excesses he'd heard of in his own quarters and in the privacy of his dreams. Bedtime conspiracy?

“*El mensaje me pareció una señal de socorro* [The message seemed to be an SOS appeal]. *Y al despertar esta madrugada—a una hora que rara vez acostumbro despertarme porque soy muy dormilón—sentí un inmediato impulso o deseo fuerte a escribir todo lo que podía recordar* [and as I awoke this morning—at an early hour that I am not too fond of since I am such a late riser—I felt an immediate impulse or strong desire to write down everything I could remember]. *Y aquí estoy terminando la séptima y octava líneas de mi relato para probar esto* [And here I am finishing the seventh and eighth lines of my story to prove it].

“*Justamente en este mismo instante he tenido que detener mi reportage para correr a la ventana de mi cuarto a escuchar con gran curiosidad y asombro un ruido poco común, que tampoco he tenido la oportunidad de oír desde los años que he vivido en este dormitorio, y que se asemeja enormemente al silbido de un avión que está volando muy bajo en esta vecindad, quizás aterrizando* [In fact this very instant I’ve been urged to stop writing to run to my bedroom window to listen, with utter curiosity and amazement, to a very uncommon noise, which I’ve never heard before in the years I’ve used this bedroom, and which greatly resembles the whistling of a plane flying very low in this vicinity, perhaps landing].

“*El silbido empezó a las 6:05 a.m., y todavía a las 6:12 a.m. se puede percibir* [The whistling began at 6:05 a.m., and at 6:12 a.m., it still can be heard]. *Además, afuera cerca de mi ventana, hay un concierto de música producido por cantos de pájaros, que es muy fácil diferenciar del silbido tan extraño que aún se oye* [Besides outside near my window there is a concert of music made by birds’ chirpings, which is easy to differentiate from the strange whistling still being heard].”

On a third pad of paper, slick and multicolored, José scribbled condescendingly, in dark, large, uneven print: **PORTRAIT OF A FOOL**. Then, about two inches down, the following:

\*\*\*J. M. (José Moses, in case you’re wondering) sipped his dynamite coffee, putting down his impressions of what had happened, as he awoke from that unusually heavy dream, which wasn’t (he knew deep inside). He’d finished the seventh and eighth lines, when a certain noise whistling by his window—something like the turbo engine of an aircraft—flying very low...perhaps landing...between 5 and 12 past six...ante meridian...which made his ass well alert to take a look outside...whereby, amid pluralized

bird’s chirpings, he’d no doubt made a distinction.

Back to the yellow/blue pad of paper:

“*Valencia, Venezuela, domingo 16 de abril de 1,972. Hora: 5:30 a.m.*,” he’d written (in both languages) on the top line, timing himself with the sashhhhhhh! awakening.

Then the multicolored pad of paper:

\*\*\*Another curious thing, which really scared the shit out of him, as early as this, was that while making coffee in the kitchen, the refrigerator went amok before his eyes, vibrating without reason. “Well, cosmic reason,” he said to himself, instructively, trying to establish a connection with the sashhhhhhh! awakening. J. M. sipped his dynamite coffee again.

Back to the yellow/blue pad of paper:

“*...algo que tampoco había visto anteriormente en esta casa, que me obliga a observar con mucho cuidado este fenómeno perturbador* [...something that I had never seen before in this house, which compels me to observe very carefully this disturbing phenomenon],” his pencil went on.

“*No sé si lo que sucedió posteriormente al sueño (pesadilla—¡válgame Dios!) o mensaje telepático es pura casualidad o algo de mi imaginación* [I don’t know if what happened after the dream (nightmare—God knows!) or telepathic message is sheer casualness or something of my imagination]. *A propósito, el silbido ya no se escucha, y son las 6:20 a.m.* [By the way, the whistling is not heard anymore, and it’s 6:20 a.m.].

“*...Pero lo que me impulsó a levantarme de la cama a las 5:30 a.m.* [...But what impelled me to get up at 5:30 a.m.] (sashhhhhhh!), *ir al baño a lavarme y ponerme mis lentes duros de contacto, ir a la cocina a calentar mi café, y por último regresar a mi cuarto de dormir para inmediatamente dejar escrito lo ocurrido, mientras mis padres seguían durmiendo y el día empezaba a aclarar lentamente, no es nada normal para mí* [go to the bathroom to wash and put on my hard contact lenses, go to the kitchen to heat some coffee, and last return to my bedroom to immediately write down what happened, while my parents continued sleeping and the day began to clear slowly, it’s just not normal].”

Back to the multicolored pad of paper:

\*\*\*Thinking, J. M. put his dynamite coffee on the edge of the table. In other words, it wasn’t just normal that he should leave

the sack at 5:30 in the morning, take a piss, put on his hard contacts, get that coffee pot going, and write down the damn thing while his pa and ma next door—still kaput from midnight fucking—left so much (if not everything) to be desired in relation to the Happening.

##

Pressing his most agile hand's middle fingers against his temple (as scientists often do to think harder), Urban Traffic Advisor José Moses now indulged his fancy disrespectfully, recalling uncalled-for moments before the vertical interference came sashhhhhing down, ignoring the three pads of paper so as not to incriminate himself.

An avalanche of vulgar words and sentences began to dance in his mind:

“Open your door, darling,” José demanded, knocking repeatedly.

“My door is open, hon...” Carta Negra replied, clouding on him vaporously without manners. “Insert!...insert!” her veiled crack chirped.

He turned around, sucking the white wine. Little explosions. Other noises ran out.

Gases. More gases. Pin, pong, pang. Pshhhhhhh...

A pretty young face appeared through the congested traffic. *Habla español? Olé.*

“Take me, José!”

“Again?”

Carta Negra held his hand softly moments later. She wore blue corset in her center (covering her heart, lower breasts and tummy), gelatin green hat, gelatin green sandals, and gelatin green fingernails long and shaped like open umbrellas. CN was a black woman of indescribable beauty. She used 47 tongues, spoke fluently in any of them. 49 times she'd been in El Cairo. Never told why.

“Where are you taking me?” asked José Moses, hesitating, looking up at the crest of the cordillera and down at the naughtily unlaced corset.

Carta Negra, who sported impressive corkscrew type hair, easily uncoiling to either side of her face, answered in fourth-

tongue French, “*Ne vous inquiétez pas...venez avec moi.*”

“But...where?...*Où?*”

Of course, he could see more than he'd pretended not to, while CN's nude tits sprang out gaseously free before his eyes.

They'd been walking through fog and calcium, unaware, while getting acquainted with each other. He stopped. She advanced alone, coquettishly, a few meters, then turned around. “*Venez ici,*” she commanded.

He complied, confused.

“*Où faites-vous la raie?*” she asked him, gelatin green nails upon her torso.

“*Que voulez-vous dire?*” said José, disoriented

CN laughed girlishly: “I mean—where do you part your hair?”

“What has this got to do with us being here?”

Immediately vitamin B amassed by his nostrils. He patted it off with one hand.

“Everything.”

He remained thoughtful.

“You know why?”

“No.”

“I saw you watching me...before...in your dream...”

“Really?”

“I was orbiting, too.”

José said nothing, hoping she would say more.

“In your dream, your hair was parted on the left side. Now is parted on the right side.”

“Correct...”

“You have double personality...”

“Correct...”

They veered their eyes, noticing the predictable white corpuscles, quickly multiplying in number, dotting the cordillera.

“*Zut!*” she exclaimed unhappily.

“Oh my—leukocytes!” cried out José, recognizing the disease-causing organisms.

“Hurry! Insert!”

No other thing to do, he complied.

“You—silly thing,” scorned Carta Negra. “How big are you?”

“5 and 1/2.”

“That's all...?” lamented CN.

“I'm 6,” José Moses said, lying.

“*Menteur*,” protested CN, straddled over him, seeing the sudden lengthening of his nose.

“Six... two...” lied José again, his nose shooting forward two feet.

“Don’t give me that!” teased CN now, her head bent backward so as to see more of his stretching nose.

“Six-three,” persisted José, his nose gaining incredible length.

CN rolled her eyes: “You can’t...” She said it twice. The second time in Portuguese.

“Six-four,” lied José a fourth time, looking up at the sky, hundreds of feet away, where his nose headed for.

“*Mentiroso*,” she complained in Spanish.

“Six-four and 3/8.”

CN: “Are you pulling my legs?”

“Six-four and 5/8,” said Mr. Moses, not telling the truth.

CN: “No.” (with resonant Soviet accent.)

“Six-four and 9/16.”

CN: “no, no, no, no, no.” (in Chinese, Norwegian, *Catalán*, and Esperanto.)

“Six-five,” said the urban traffic advisor grandly. One of his eyes noticed CN’s gelatin green wristwatch, the small capped letters “cn” nicely engraved on its gelatin green wrist band.

“No way José,” dismissed Carta Negra.

##

Clocked exactly at 5:23 a.m. or 7 minutes before the sashhhhhhh awakening, Caracas/Valencia/Maracaibo Time, came the vertical Happening from the Moon to José Moses’ bed site, which now he, uninhibitedly, began to write down on the yellow/blue pad of paper:

“*Lo que pude captar del mensaje es algo así: Yo viajaba en un avión gigante con muchos pasajeros, cuando de repente vi por mi ventana a otro avión, muy parecido al que me llevaba, caer hacia la tierra, piqueando a gran velocidad. Luego parecía volver a normalizarse y más tarde, con pocos segundos de diferencia, volvía a piquear y a hacer maniobras fuera de lo común* [What I could capture from the message, goes like this: I was traveling in a gigantic plane with many passengers, when suddenly I saw through my window another plane, very similar to mine, going down, cockpit pointing down to earth, at great speed. Then it seemed to

return to normality, and seconds later it began to point down again, doing uncommon maneuverings].

“*De repente mi avión recibió una sacudida muy fuerte como si hubiera recibido un martillazo gigante y las vibraciones agrietaban el avión por todas partes* [Suddenly, my plane shook up violently, as if smashed by a gigantic sledgehammer and vibrations caused cracks all over].”

Impeccably straight and square, his Spanish/English report went on detailing his witnessed account.

On the multicolored pad of paper, on the other hand, where he felt fully free to express himself, he wrote:

\*\*\*J.M. stared at his dynamite coffee with disturbing eyes, but his pencil went on wildly jotting down his impressions of this fucked-up dream, which expanded to include the journey of a huge commercial passenger airliner doing disco-dancing in the sky. Another similar aircraft, himself one of the passengers, was experiencing the same bullshit, you know, suddenly being smashed in the sky by some macho-MAN’s sylvestron-whammer—just like that!—and plunging straight down to earth.

On each the yellow and the blue pad of paper, he continued writing:

“*Nuestro avión empezó a piquear también, y a enderezarse, y luego lanzarse hacia arriba y hacia abajo, como el movimiento ondulatorio de una serpiente* [Our plane began to nose-dive, and steady itself, and then curl up and down like the undulations of a snake].”

On the multicolored pad of paper:

\*\*\*J.M. couldn’t help but write, “See what I mean?”

Back to the yellow and blue pads of paper:

“...*hacia arriba y hacia abajo, hasta que finalmente caímos en una zona que posteriormente nos dijeron era la China* [...up and down, until finally we were told we had landed in China].”

On the multicolored pad of paper:

\*\*\*In José Moses’s own words, “China, eh? Not bad for a landing...you think?”

On the yellow/blue pad of paper:



“*Toda la tripulación estaba confusa y asustada* [All passengers aboard were confused and frightened].”

On the multicolored pad of paper:

\*\*\*José Moses: “Shit-scared and paranoid...eh? Well...”

On the yellow/blue pad of paper:

“*Mi sueño o mensaje telepático concluye dándome claves de lo ocurrido* [My dream or telepathic message concludes giving me clues of the occurrence].”

On the multicolored pad of paper:

\*\*\*J. M. reached for his dynamite coffee. “The dream’s ending reveals clues about the Happening,” Joés Moses wrote dutifully.

Ooops, José.

On the yellow/blue pad of paper:

“*Veó la cara impaciente y algo temblorosa del piloto aviador, con su uniforme, aparecer frente a mí repetidas veces...como si estuviera tratando de decirme algo* [I see the impatient and somewhat trembling face of the pilot, with his uniform, appear repeatedly before me...as if he was trying to tell me something].”

“*Muy curioso ...lo veo tan cerca que casi puedo tocar su piel...muy blanca...muy firme...muy angustiada. Pero, aguante ahí!... no lleva sombrero de piloto aviador, ni tampoco uniforme. Lleva un casco y un traje espacial de astronaut* [Very curious...I see him so close that I can almost touch his skin...very white...very tight...very anguished. But, hold on!... he is not wearing a pilot hat or a pilot uniform. He is wearing a helmet suit and an astronaut suit] *La aeronave parece una nave espacial* [The aircraft looks like a spaceship].”

“*Muy interesante, también veo a una muchacha negra muy graciosa, sentada cerca de él. Veo las letras pequeñas ‘cn’ en la banda de su reloj de pulsera* [Very interesting, I also see a very charming black young girl, sitting near him. I see the small letters ‘cn’ on her wristwatch band].”

On the multicolored pad of paper:

\*\*\*Face to face, pilot and dreamer, discovering each other. A chilling close-up, where José could almost touch his skin (very

white, very tight, very anguished), his shuddering face trying to tell me something. But wait! He’s not wearing a pilot outfit. He’s wearing a space suit. That flying thing—looks like a spaceship! The most amazing thing is that he’s got company. Not exactly a regular copilot, but a sexy young black girl. Herself wearing a wristwatch, its band identified with the small letters ‘cn’. “*Coño! Algo ha pasado aquí!*” he shouted, out of control, using street Spanish.

On the yellow/blue pad of paper:

“*Luego veo un edificio alto de color gris cuya parte frontal enseña grietas y manchas oscuras de decaimiento cerca de las ventanas* [Then I see a tall building, gray color, whose façade shows fissures and dark marks of decay near the windows].”

“*Veó indicaciones no muy claras, pero obvias, que se trata de un vuelo lejano...espacial...posiblemente cerca de la luna* [I see indications not too clear, but obvious, that this is a very distant flight...outer space...possibly near the moon].”

José Moses did not make an entry on the multicolored pad of paper.

By *siesta* time, before stores and business reopened, still munching on his buttered *arepa* (he’d never touched the *plátanos fritos*), his psychic energy had established a location between two invisible orbits hundreds of thousands of miles away.

Confident that some extraordinary event had actually occurred, he took a little walk down the street, already congested with vehicles and pedestrians, moving toward Plaza Bolívar...and got the evening news (national paper) at one street corner.

Effectively, midway down the front page, a United Press release read: “Rocket Ship developed technical difficulties last night. Mission Control on stand-by alert. Astronauts’ 48<sup>th</sup> orbit unsafe.”

With that, José promptly returned to his bedroom. Picking up his pencil, which had rolled down the floor now, he titled his report “*CITA CON APOLO 16*” in Spanish.

Now he was ready for his mail, which consisted of a gelatin green envelope, no return address, no stamp, and no letter, only the initials “cn.”

END

## A STRANGER ARRIVES

*Paul Benjamin*

ON ONE PARTICULARLY FOUL EVENING, it was my great pleasure to entertain an unexpected guest (aren't they always?), a distinguished scholar who had lost his way, only to fortuitously find a path to my door. Evidently a seasoned traveller, wandering far from home, adrift on these dark rain-lashed streets, he had descended to the vile underpasses in the orange glow of the sodium street-lighting, searching for shelter. "By your clothing," I said, "I can see that you have come from another time."

We exchanged the usual pleasantries; he introduced himself as one Eudoro Acevedo, professor of English and American literatures, and himself a writer of imaginative tales. He enquired if I too, were not a man of letters? Abashed, I confided, "I am a mere dabbler, a trifler (for who is not an inventor of worlds, in these days?); I am No-one, and this place, Nowhere." My visitor was not in the least perturbed. After we had raised a toast and shared a supper from a tray of tasty morsels (bowls of cornflakes, a bunch of grapes, a fruit whose name was unknown to me but tasted something like a fig), we sat.

In the course of the pleasant and enlightening conversation which followed, over a mature bottle and a large pitcher of water, I learned that he had been born in Buenos Aires, capital city of the Argentine, in the year 1897 A.D. He told of his wearisome travels, far from Núñez and the Avenida Cabildo, of adventures in Ashgrove and encounters on the Zeltnergasse, of the black eucalyptus trees surrounding the Villa Triste-le-Roy. Out of delicacy—and the reverence in which I held his creator—I refrained from pointing him in the direction of my modest bookshelves, where the sight of *A History of the Hasidim*, *Axaxaxasmio*, *The Book of Sand* (in first edition) and *A Vindication of Eternity* may have caused him undue discomfort or even embarrassment. Instead, I remarked mildly that "such are the labyrinths which we all, at one moment or

other, willingly inhabit."

Naturally, I was keen to learn more of the world he had lately left. "In that strange yesterday from which I have come," he replied, "there prevailed the superstition that between one evening and the next morning, events occur that it would be shameful to have no knowledge of." He spoke of rolling news channels on 42-inch television screens, 24-7 saturation coverage via all manner of 'social media'; he made a despairing gesture with head and hands simultaneously, and exclaimed "All this was no sooner read or seen than forgotten, for within a few hours it would be blotted out by new trivialities." By comparison, Nowhere must seem a Utopia.

"Enough!" I cried, disturbed from my habitual quiet reflections and plunged into this riddle, related so calmly by the smiling Professor Acevedo of Buenos Aires. "And ball games?" At this, he relaxed back into his armchair with the murmur of a chuckle, and proceeded to recite the hallowed names of his team, from the great goal-keepers Carrizo and Fillol to centre-half Renovales; scheming Zarlenga and Parodi's pressing attack; long-serving stalwart Yácono and the latter-day fearsome front-man 'Bichi' Fuertes. He eulogised Limardo, the idol acclaimed by the fans until finally, growing misty-eyed, he recounted that historic pass of Musante's, and the ensuing scenes of delirium as crowds danced in celebration on the corner of Humahuaco.

In truth, I had only the vaguest notion of the existence of these characters; for all I knew, these were the fertile products of his highly-developed imaginative powers, and this entire encounter, let alone our present conversation, some kind of elaborate game, or indeed an ingenious hoax, of his devising. "What of literature, then?" I asked, hoping only to reassert a modicum of logic, to impose a veneer of structure onto the narrative, that I might know the proportions of the maze in which I was rapidly losing myself. "Perhaps, Professor Acevedo, you have come across my small self-published introductory pamphlet, a preliminary *Survey of the Works of Herbert Quain*?" This bold enquiry was made in my capacity as his unofficial bibliographer.

His measured reply was not entirely unexpected: "I am, fortunately, fully conversant with that late author, whose *April March*," he confessed, "was the inspiration for my own story entitled *A Stranger Arrives*, an attempted homage to the Master; indeed, I duplicated his experimental composition model. I would

be most interested in your study, with which I have not had the pleasure of familiarising myself.” He spoke freely of his further literary endeavours, free-form excursions which far exceeded in scope those modest ambitions I harboured. My glance strayed all too frequently toward the water clock on the table, a splendid curio, beside which lay my annotated manuscript of the never-ending *Orbis Tertius*. The hour was indeed a late one. He understood my anxieties as those of a dutiful host, and shortly drew toward a close.

As he rose to take his leave, I pointed him to the spare room, and indicated where he might find further bowls of cornflakes for breakfast, should he rise before me. I slept soundly and, on waking at 6, made my way downstairs, to find my visitor dressed and ready for departure. I furnished him with some reading matter; a monograph in German on the Tetragrammaton, another on the divine nomenclature of the Pentateuch. I took the liberty too, of including a spare copy of my own pamphlet. “If you like, you may take them back with you, as souvenirs of a future friend,” I said serenely – “to beguile the long hours of travel, mementoes of your short visit for the cynics, sceptics and unbelievers to behold.” At the threshold, we embraced and I bade him farewell, with hopes for his safe passage to his own time and place. As he disappeared once more into the network of dimly-lit, foul-smelling underpasses beneath those perpetually rain-swept streets, I pondered on the arduous work which lay before me.

## EL NEGRO QUE NO SE DIO SU LUGAR

*José Prats Sariol*

*Lydia Cabrera, in memoriam*

SIN EQUIVOCACIONES, otro asunto. ¿Eh? No, nada que perdonar. Ni tú a mí, sencillamente. Cada uno sabe lo suyo. Y lo mejor sería que fuera sin rencores, sin líos. Va y hasta en un futuro me lo agradeces.

Porque la hoja la tengo limpiécita. Recuerdo cuando Julián y yo jugábamos a la pelota en el parque de Santos Suárez. Tomábamos granizado de fresa en el mismo cucurucho de papel porque nada más teníamos un medio. ¿Y cómo no íbamos a compartir mi bicicleta Super-Rex si yo también corría loma abajo con sus patines de municiones hasta la esquina de la ruta 15, donde doblaba como un cohete, sonriente del riesgo, orgulloso de la audacia, de que las piernas me respondieran exactamente? Y en las broncas ni hablar: fajados juntos contra los que guapeaban, agitaban.

A lo mejor no te diste cuenta de que en casa mamá nunca tiene frases de que el negro si no la hace a la entrada la hace a la salida, de que cualquier amigo del viejo se queda a comer, sin color, en la mesa familiar.

No Ramón, los chistes son otra cosa. Ustedes mismos se ríen más que uno. Como el del negro que va a matricular en un tecnológico, y le preguntan cuál rama. Se pone serio, responde: “No compañero, parece mentira, rama no, pupitre igual que a los demás”. La religión es aparte, de Changó a Santa Barbara, de Yemayá a la Virgen de Regla, todo junto en el ajiaco criollo, con cada sabor en la olla sin complejos, hasta salsa de soja para que los chinos no se disgusten. Blanco, negro, amarillo: una mulata de leyenda que para el tráfico, rompe una asamblea, levanta las morales más retorcidas y sigue andando con las nalgas en vaivén. Como en el aula o en el hospital, Ramón, como en el trabajo o en el ejército.... Ya sabemos lo que es la propaganda, ¿no?

Pero lo otro fue lo que subestimaste, Ramón. Se te olvidó el aire, la atmósfera acumulada gota a gota, sedimentada y polvorienta,

sudorosa, cuarteada como las piedras de la catedral. Pensaste mal. Va y la imaginación te llevó al fiordo de Bergen, comiendo salmones rosados a la orilla del barrio alemán; en Suecia o en la bahía de Hudson. ¿Sabrás tú por dónde caminabas, por dónde comenzaron los errores?

Y te confieso que la primera vez, en casa, aunque apenas conversamos, me cayó bien tu risa de dientes grandes y parejos, la soltura al levantarte para chocar las manos, el modo en que apretaste con fuerza, con el empuje de quien parecía no tener nada oculto. Y hasta el modo de vestirme, sin los colorines escandalosos del negro que anda disfrazado de negro.

En tus otras visitas sí hablamos más. Oírte tus burlas a las escaseces, las bolas de los rumores políticos, eran un refresco helado. No había perturbación que te rompiera la risa, ni apagones, ni guaguas repletas o fantasmas, nada. Llegabas con la mochila verde olivo y con tu caballerosidad sencilla, esperabas un vaso de agua, a veces una tacita de café, unas palabras y a estudiar horas de horas sin levantar la vista de libretas y libros, de la calculadora.

Lástima de equivocación, te lo puedo jurar. Lástima de historia trunca, fermentada. Porque Ramón, lo duro es que no hay culpa. Ni ajena ni propia, de nadie y de cada uno, de una isla que se llenó de caña de azúcar, de esclavos y de barracones, y de mulatos. Por supuesto que de mulatos, pero hijos de negras con blancos, no al revés, casi nunca al revés, casi nunca porque no es lo mismo, todavía no es lo mismo.

Las palabras son otra cosa. Ahí están las leyes que nos declaran iguales. Claro que ya no hay parques con sendas reservadas, restaurantes con cartelitos en la puerta, tiendas de empleados de algodón... Ese no es el cuento, Ramón, debes saberlo. ¿No decía un cura que la procesión va por dentro? ¿No hablaba alguien del negro que tenía el alma blanca, purísima como la nieve, sin carbón? Tú mismo no zafaste la risa una noche con el chiste del avión sobre Huambo, en el sur de Angola, con tres generales a bordo: un ruso, un cubano y un angolano. De pronto se rompieron los motores y sólo había tres paracaídas. El general cubano apeló al proletariado y lanzó al piloto con el primer paracaídas. Entonces invocó la solidaridad internacional, tiró al general angolano. Y cuando el ruso le preguntó tembloroso qué iban a hacer, se viró y le dijo: "Ay, chico, no seas bobo, el negro bajó con una mochila".

No son las palabras, Ramón, viene de más lejos. Ustedes

mismos lo almacenan como desafío, lo aspiran cuando nacen y lo van escupiendo poco a poco. Buscan reafirmarse. Les parece que allí está la culminación, el éxito, la mejor prueba de que han llegado. Máscaras blancas, Ramón, como decía otro negro, un médico que sabía que la cura no iba a ser de ahora para luego.

Así que tómallo con tranquilidad y sin esperanzas. Tranquilito, Ramón, como te comportabas antes. Antes de que me diera cuenta y las sospechas comenzaran a perseguirme igual que a los negros cimarrones en las lomas.

No hay consuelo, ni porque los mulatos son peores y nosotros tenemos algo por allá atrás... No Ramón, tú también sabes que los mulatos son los que más disimulan, los que esconden la pinta de un bisabuelo, evitan el sol, estiran con peines calientes algún pelo ensortijado, se desviven por lo que llaman adelantar, clarear la raza a como sea.

Nuestro problema es menos turbio, Ramón, sin tantos recovecos. Damián, un jabao socio de carnavales y tragos, dice que cambia diez negras vivas por una blanca muerta. Reímos, pero los dos sabemos que detrás de la frase hay un pantano. Ni los tractores socialistas lo han podido cubrir. Estará allí, detrás del césped, apestoso y movedizo, por no sé cuántas generaciones, contra cada discurso y decreto, herido pero coleteando.

¿Para qué revolver el caldero? ¿Para qué recordar la salida al Castillo por el cumpleaños y el regreso a las tres de la madrugada, la conversación en el portal hasta las cuatro? ¿No crees que abriste la puerta equivocada, que cantaste el bolero aún no escrito, que comiste de un plato vedado? Mejor nos despedimos. Si te he visto no me acuerdo, Ramón. En paz y fuera de reproches, de calentar la olla. No te perdonaría ni que pasaras por la esquina, ni la casualidad de una borrachera entristecida que te trajera por aquí. Sin violencia pero al duro, ten la certeza.

Ya me senté con mi hermana. Entenderá, no digo yo si Mercedes entenderá. Los viejos enseguida, entre indignados y sorprendidos. Mercedes se debate entre lo único que te había ofrecido, su amistad de compañeros de estudios, y mis argumentos que aún no le caben en la cabeza, que aún considera de otra época, de otras parejas que sufrieron lo que ya no existe. Pero tú y yo sí sabemos, Ramón. Bien que sabemos, ¿no es verdad? ¿No es verdad que no supiste darte tu lugar?

## AUTORES · AUTHORS

**Paul Benjamin** was born over forty years ago in Leeds, West Yorkshire (United Kingdom). His work tends to be fragmentary, inconclusive and unpublished. He hopes to address that in the future.

**Hisham Bustani** is a Jordanian award-winning author of four collections of short fiction. He is acclaimed for his bold style and unique narrative voice, and often experiments at the boundaries of short fiction and prose poetry. His work has been described as “bringing a new wave of surrealism to [Arabic] literary culture, which missed the surrealist revolution of the last century,” and that he “belongs to an angry new Arab generation. Indeed, he is at the forefront of this generation – combining an unbounded modernist literary sensibility with a vision for total change” Hisham's short fiction has been translated into five languages, with English-language translations appearing in prestigious journals across the US, UK, and Canada, including *World Literature Today*, *Los Angeles Review of Books* and *The Literary Review*. In 2013, the UK-based cultural webzine *The Culture Trip* listed him as one of Jordan's top six contemporary writers. His book *The Perception of Meaning*, won the 2014 University of Arkansas Arabic Translation Award, and was published in 2015 by Syracuse University Press. One of Hisham's stories was recently chosen to be featured in the inaugural edition of *The Best Asian Short Stories* anthology, forthcoming in 2017.

**Jacques Carrié** is an award-winning writer. He received his bachelor's degree in electrical engineering from Texas A&M University and furthered his education in literature and creative writing at Columbia University. His first novel, *The Bridge of Movie Producer Louis King*, published in the early 80's, was nominated for the Grand Literary Prize, 6th International Festival of Humor and Satire, Bulgaria. One of his stories was published in the *Texas*

*A&M Engineer* voted “Best of the Year.” He grew up in the south of France, went to school in Toulouse, and lived several years in Venezuela before flying to New York City for good and settling down in Los Angeles. His works have appeared in *The Texas A&M Engineer*, *Prop Magazine*, *Chicago Literati*, *Pennsylvania Literary Journal*, *The Literati Quarterly*, *The Literary Nest*, *The Houston Chronicle*, *El Mundo*, *El Nacional*, and other publications. *Octiblast* and *Papelitos*—among the most recent novels and can now be found on Amazon ([www.amazon.com/author/jacquescarrie](http://www.amazon.com/author/jacquescarrie)). *Octiblast* was a strong competitor for the Pulitzer Prize and Saroyan International Prize.

**Judith Castañeda Suarí** (Ciudad de México, 1975) Técnico en química industrial y alumna en los talleres literarios de Alejandro Meneses, Beatriz Meyer y José Prats. Ha publicado en suplementos culturales de periódicos de circulación local, en la revista *Crítica* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en antologías de cuento como *Lados B*, de Nitro/Press, *El muchacho que trotó hasta fundirse con el horizonte de la Patagonia* y otros cuentos, de Editorial Resistencia (México) y ebooks Patagonia (Chile), y en antologías de minificción como *Ráfaga imaginaria* y *Vamos al circo*, publicadas por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Autora de los libros de cuento *Dios de arena* y *Aire negro*.

**Jose Girl** (España, 1977) Actualmente reside en Los Angeles California. Más que ser influenciada por fotógrafos contemporáneos es considerada empírica. Por eso, hablar de Jose Girl es hablar de su fotografía; constante, decisiva, exacta, alterna y narrativa. Sus obras son caracterizadas por su mirada oscura y fetichista que conquistan a quien las contempla. Cada una de sus piezas contienen un sentido, una noción de lo sagrado, de lo erótico y lo estético; fenómenos inmateriales a los que sólo podemos acercarnos con nuestra imaginación. En cuanto a sus características formales, observamos su técnica y su enfoque. En éstas, sus cuidados son exquisitos; en algunas, vemos un tratamiento digital que nos hace percibir un tipo de alteración

química formada por el tiempo. En otras, distinguimos los luminosos colores, los blancos y los negros, que actúan sobre la imagen para descubrir el objetivo en posición. Jose Girl nos provoca contemplar en su fotografía el enfoque, que hace reaparecer todos los elementos ya mencionados. Durante su larga trayectoria, la fotógrafa aragonesa ha entrelazado en sus imágenes lo real con lo ilusorio, destacando y unificando las contradicciones.

**Mario Martz** (Nicaragua, 1988) Estudia la maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso. Es autor del poemario *Viaje al reino de los tristes*, ganador en 2010 del certamen nacional para publicaciones del Centro Nicaragüense de Escritores. Como parte del programa de editores invitados de la Feria Internacional del Libro de Frankfurt 2016, se expone una serie de cuentos de su libro *Los jóvenes no pueden volver a casa* (Anamá ediciones, 2017). Las antologías *Queremos tanto a Claribel* (España: Valparaíso, 2014); *Instantáneas de la poesía centroamericana* (México: Literal, 2013) y *Los 2000, autores nicaragüenses del nuevo milenio* (Managua: Leteo ediciones, 2012), recogen muestras de su trabajo, que también puede encontrarse en las revistas *Carátula*, *El Hilo Azul*, *Rara*, *Cuadrivio*, *Alastor*, *Río Grande Review*, entre otras.

**José Prats Sariol** (Habana, 1945) Actualmente reside en Miami. Llevó a cabo sus estudios literarios en la Universidad de la Habana con José Lezama Lima. Es crítico, novelista, ensayista y profesor universitario y ha publicado una variedad de trabajos en los que se destacan: *Lezama o el azar concurrente* (2010, 2017), *Mariel* (1997, 1999, 2014), *Guanago Gay* (2001), los *Estudios sobre poesía cubana* (1988), *Criticar al crítico* (1983) y *Fabelo* (1994). Ha formado parte del grupo que preparó una edición especial de *Paradiso* por José Lezama Lima por la UNESCO.

**Pablo Javier Rañales Pérez** (Mugardos, A Coruña, 1999) ha sido finalista en las dos modalidades del 53º concurso Coca-Cola de Jóvenes talentos, quedando primero de su sector tanto en gallego como en castellano y entre los seis mejores de toda su Comunidad Autónoma. Es miembro del grupo literario Círculo de Ares, con quien ha compartido varias publicaciones: *La Narrativa de Suspense*, libro teórico sobre cómo escribir suspense, y *Seis días para leer y mil*

*noches para soñar*, una colección de relatos largos en castellano. Además, es uno de los tutores de los diferentes cursos online sobre escritura que ofrece el Círculo de Ares. En un futuro, aspira a estudiar periodismo.

**Andrés Torres Scott** es chilango y exfumador empedernido desde hace diez años. Es un adicto al café negro y fue finalista en los concursos de cuento de la UNAM 1994 y 1995. En 2014 ganó el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano por “Un artista de la tortura” y en 2007 el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos por “Y tú, ¿qué vas a hacer con tu millón?” En 2011 ganó el concurso *Revolt* de la página web neoyorquina pentales por el cuento “Bazizi, the Fruitseller”. Ha publicado cuentos y minicuentos en revistas literarias de Estados Unidos, España, Canadá, Uruguay y Argentina. Actualmente dirige el taller de escritura en español *Viva Edmonton!* vía Skype.



## DIGITUS INDIE PUBLISHERS

www.digitusindie.com

EDITORES INDEPENDIENTES



### *Contrapuntos II: A Live Anthology* (2014)

Contributors: Gabriela Alemán, Judith Castañeda Suarí, Daniel Herrera, Pedro Ángel Palou, Regina Rheda, Rick J. Santos, Tino Villanueva.

*Editor(s)*: Erika Bondi.



### *Contrapuntos III: A Live Anthology* (2015)

Contributors : Guillermo Corral, Saúl Cuevas, Sarah Rafael García, Chely Lima, Marcos Pico Rentería.

*Editor(s)*: José Flores.



### *Contrapuntos IV: An Experimental Edition* (2016)

Lucía Baskaran, William Blome, María Cañas, Adrian Coto, Belen Gaché, Eric Goodman, José Prats Sariol, Carlos Ponce Meléndez, Luis Gordo Vila, María Yuste.

*Editor(s)*: Jennifer Byron.

# CONTRAPUNTOS

## SUBSCRIPTION FORM

First Name:  City:

Last Name:  State:

Address:  Zip:

Email:

### Select Your Choice:

#### Past Issues:

- Contrapuntos I (Print) for 9.95
- Contrapuntos II (Print) for 9.95
- Contrapuntos III (Print) for 9.95

#### Domestic:

- Contrapuntos - 2 (print) issues for 17.90
- Contrapuntos - 4 (print) issues for 31.84 **BEST DEAL!**

(\$18 will be added for shipping to NON US addresses)

New Subscription  Renew

Make checks payable to: Digitus Indie Publishers

Mail to:  
Digitus Indie Publishers  
805 N. 6th Ave. #103  
Phoenix, AZ 85003

